

RESEÑAS

BEREGOVAJA, N. - *Las más antiguas culturas de Alaska y el problema del poblamiento de América, según las investigaciones de 1934 a 1945*: en "Etnografía Soviética. Academia de ciencias de la URSS."; Moscú-Leningrado, 1948, Nº 4; pp. 204-219.

La revista rusa *Etnografía Soviética* acaba de publicar un largo artículo, con el título que antecede, con el fin de reseñar las investigaciones paleontológicas de especialistas norteamericanos y rusos: creemos oportuno resumirlo para dar a conocer el particular enfoque crítico y la actuación de la investigación soviética contemporánea.

El asunto del remoto pasado de Alaska y el problema del poblamiento de América, dice N. Beregovaja, son temas que llaman la atención de los investigadores soviéticos. Tal hecho resulta comprensible, pues, según la opinión común, los primeros habitantes de América, en su migración desde el Asia, antes de llegar al Mar de Behring y a Alaska, tuvieron que pasar por las regiones del actual Noreste soviético. Esto pudo ocurrir al terminar la edad glacial o en el comienzo de la postglacial (unos 20 milenios atrás). Allí donde se formó el Mar de Behring al principio del pleistoceno, tuvo lugar el nacimiento de la fauna puramente ártica: mamuts, bisontes, etc. En la misma época en que las regiones septentrionales americanas durmieron su sueño glacial, las que se hallaban más al Sud pasaron por un período de abundantes precipitaciones atmosféricas, por el hecho que allí el duro clima continental-glacial se cruzaba con el tropical procedente del Pacífico y del Golfo de México. Alaska vivía entonces su edad glacial solamente en las partes meridionales (península homónima) mientras su región central y la más cercana al Mar de Behring no sufrieron el yugo glacial. Como la mayor parte de Siberia, así también Alaska pasó dos períodos glaciales: 1) el período del deshielo integral, a lo largo del río Yukon (lo que fué propicio a la flora subártica tan necesaria a la fauna de entonces) y 2) el período del hielo constante, que comprende el tiempo en que se formó la capa de sedimentación glacial en la plataforma central. En tal capa, cerca de la ciudad de Fairbanks, ha sido hallada gran cantidad de huesos de grandes mamíferos extinguidos. Este hecho autoriza la conclusión de que en el pleistoceno bandadas de mamuts, bisontes, y en general hatos de animales de aquella época, cruzaron Alaska central. Por la misma razón, tales restos indicarían también el camino a seguir para llegar a descubrir el itinerario de los primeros habitantes humanos del Continente

Nuevo. Respecto a los itinerarios de los primeros inmigrantes americanos provenientes del Asia, el autor destaca el hecho que en estos últimos años surgieron varias hipótesis. Unos opinan que tal camino iba por las orillas del Océano Ártico a las márgenes del río Mackenzie; otros suponen que iba a lo largo del río Yukon. Una seria discusión sobre la existencia del hombre en América en el pleistoceno empezó hace más de cien años (1838) en ocasión del hallazgo de hachas de piedra y puntas de flecha junto a un esqueleto de mastodonte, en la capa de sedimentación aluvial a lo largo del río Bourbeuse (Estado de Missouri). Otra agitada discusión empezó después que en las orillas del río Delaware, al lado de huesos de mastodonte y bisonte, fueron hallados restos humanos (1872). Pero se les negó autenticidad, razón por la cual la mayoría de los especialistas se declaró contraria a la hipótesis de la existencia del hombre en el período cuaternario en América. Tal opinión ha predominado hasta la época de las investigaciones de la fauna en los Estados del Sud-Oeste norteamericano.

En el año 1926, cerca de la ciudad de Folsom (Nuevo México) han sido hallados restos de bisonte (*Bison taylori*) junto con las puntas de piedra llamadas "puntas del tipo Folsom". Una de tales puntas ha sido hallada entre dos costillas de bisonte. En cuanto a la edad de la capa de sedimentación en que habían sido encontrados estos restos, se suponía que remontaba a unos 12 mil años. En el Norte de Colorado durante los años 1934/1939, al lado de una sobrante cantidad de restos de bisonte, mamut, camello, antílope, han sido halladas unas 6.000 piezas de varios utensilios y armas, entre los cuales: puntas del tipo "Folsom" y otras del tipo "Yuma" (así llamadas por el lugar del hallazgo, en el Estado del Colorado), e incluso adornos de huesos tibiales de aves. Según la opinión de los especialistas, las capas de sedimentación de dichos hallazgos llegan a un remoto pasado, de unos 25 mil años. En las capas más recientes, de unos 10 mil años, los arqueólogos no se encontraron con tales restos. En base a este hecho, el tiempo del poblamiento de América habría que buscarlo entre 10 y 25 mil años atrás. Hrdlička había concedido 10 a 15 mil años al primer habitante americano.

En los años 1937/1938 la Universidad de Nuevo México dirigió una expedición a Canadá con el fin de investigar los yacimientos de instrumentos de piedra ya anteriormente encontrados. Tales esfuerzos dieron por resultado el hallazgo de puntas Yuma a unas 60 millas al Sud de la ciudad de Edmonton (Pcia. Alberta) y de puntas Folsom junto con las Yuma entre los restos de los alrededores de Calgary, en la misma provincia. La Universidad de Nuevo México en sus recientes investigaciones cerca de Albuquerque (Canadá) un poco más abajo de la capa de sedimentación de travertino, ha descubierto dos formaciones culturales, junto con restos de huesos de los animales mencionados. En la formación superior han sido halladas puntas Folsom y en la inferior un "hogar" con huesos quemados. Instrumentos de piedra rústicamente elaborados han sido hallados a unas 80 millas de la orilla ártica, cerca del lago Loon, entre el río Yukon y el Mackenzie.

En base a estos hallazgos, y considerando fundada la opinión de E. Antevs, de que los paraderos del tipo Folsom llegan a un remoto pasado, entre 12 y 13 mil años (= fin del pleistoceno) se puede suponer que el hombre habitaba ya el continente americano en el período pleistoceno. Pero ¿de dónde pro-

vino este primitivo habitante del Sud-Oeste norteamericano? ¿Fueron los "primeros americanos" recolectores y cazadores? ¿Los instrumentos con puntas Folsom y Yuma, tienen su origen en estas regiones americanas, o han sido traídos del Asia? Tales preguntas, y el problema de los itinerarios de la primera inmigración americana, son temas todavía enigmáticos.

El autor menciona las investigaciones de A. Hrdlička realizadas en 1926/1929 a lo largo del río Yukon. El resultado fué: hallazgos que pertenecen al patrimonio de la cultura de los Atapascos. El Museo de la Universidad de Pensilvania, en el año 1935, dirigió una expedición a las regiones del mismo río Yukon, con el fin de estudiar el itinerario del habitante prehistórico americano. Llegó a reunir una sobran cantidad del material de la mencionada cultura de los Atapascos y además de la de los Esquimales, pero no le fué posible llegar a descubrir vestigios de los más antiguos paraderos de los habitantes de Alaska. El mismo resultado obtuvo una investigación dirigida, en el año 1937, a las orillas de Alaska a lo largo del Mar de Behring. El Museo Americano de Historia Natural y la Universidad de Alaska, en los años 1936/1937, dirigieron otra expedición, encabezada por F. Rainey, a lo largo del río Yukon y a las márgenes de los ríos de las regiones vecinas. Esta expedición dió por resultado los tres siguientes grupos de hallazgos: 1) restos del patrimonio histórico y prehistórico de los Atapascos, huesos de animales extinguidos, instrumentos de piedra rústicamente elaborados y también de hueso y de cobre; 2) hogares con los utensilios de cocina hechos de piedra y de alfarería; 3) hogar y utensilios microlíticos. Hay que anotar que al lado de los instrumentos de piedra microlíticos no había restos de metales y huesos. Nos permitimos hacer relevar esto cuando se quiere parangonar los restos del tipo microlítico con los del patrimonio cultural de los Atapascos.

La expedición central-asiática dirigida en los años 1925-1928 a Sabarak-Ysy (desierto de Gobi, Mongolia) tuvo por resultado hallazgos del patrimonio del hombre del período neo y preneolítico, vale decir: vestigios de paraderos microlíticos con una sobran cantidad de instrumentos de piedra. Estos restos, según la opinión de N. C. Nelson, indican la posibilidad de las relaciones culturales entre Asia y América en el período preneolítico.

El hallazgo de los restos de grandes mamíferos extinguidos (mamut, mastodonte, bisonte, camello...) junto con los instrumentos descubiertos *in situ* en las capas de sedimentación glacial de Alaska, llaman especial atención. En tales capas, en el año 1937, cerca de la ciudad de Fairbanks, ha sido hallado un pellejo entero de bisonte con el pelaje todavía conservado (Rainey). La misma expedición de la Universidad de Nuevo México, continuando su trabajo en el año 1941, por las regiones más al Sud de Alaska y sus orillas, llegó a descubrir muchos restos de la fauna ya mencionada en las investigaciones hechas en el Estado de Nuevo México (F. C. Hibben).

La segunda guerra mundial fué causa de que la expedición suspendiera su trabajo, pero lo continuó de nuevo en el año 1942. En el principio se vió sin resultados; después, en 1944, llegó a hallar vestigios de unos paraderos microlíticos, vale decir, del mismo tipo que se había encontrado en las excavaciones realizadas en Alaska central (Rainey). Las investigaciones realizadas en el año 1945 dieron por resultado que los paraderos, en general, han sido ubicados en las orillas y márgenes de ríos y lagos.

En base a lo dicho, las investigaciones en Alaska central y regiones del río Yukon realizadas en estos últimos 10-12 años, dieron por resultado establecer que los pobladores del Nuevo Continente habrían trazado su itinerario a través de Alaska central, por las márgenes de los ríos. Pero, ¿de dónde procedían los primeros habitantes de Alaska central? Tal es la pregunta que todavía queda sin respuesta bien definida.

El autor destaca que el sabio soviético A. P. Okladnikov en el año 1947 dió a conocer su opinión, según la cual los hallazgos microlíticos de Alaska central y regiones vecinas son más afines a los patrimonios culturales por él descubiertos (1946) en la península de Tchuktches, que a los patrimonios del desierto de Gobi; y el autor subraya que en base a esta comparación las relaciones de Alaska central con las culturas subárticas del Nord-Este soviético, serían más estrechas que con las de Mongolia (desierto de Gobi) afirmadas por Nelson. Insinúa finalmente el autor ruso que las investigaciones realizadas en Alaska central y en América del Norte en general, no fueron dirigidas por especialistas, y por esta razón los resultados obtenidos serían "ocasionales". Según la opinión del autor, ésta es la causa por la cual las investigaciones soviéticas, aunque tan seriamente dirigidas y realizadas en las regiones del Nord-Este soviético, todavía no han conseguido los resultados apetecidos, en lo que se refiere al asunto del poblamiento de América. Tiene fe, sin embargo, en que la investigación soviética, ininterrumpida en aquellas regiones, llegue a dar resultados que aclaren satisfactoriamente no sólo problemas históricos del Norte asiático, sino, al mismo tiempo, el de los itinerarios de los primeros habitantes americanos.

MATEO LUKETA

CABRERA, Lydia. - *Porqué... Cuentos negros de Cuba*. Ediciones CR, La Habana, 1948, 263 págs.

Durante tres siglos, como es sabido, han llegado a Cuba negros procedentes de la costa occidental de Africa, en cantidad que fué en aumento con el desarrollo de la agricultura. Es decir, que a raíz de la colonización de la isla, los europeos trajeron a América negros de todo el Golfo de Guinea, de todas las razas intertropicales de la costa oeste, y además del Oriente.

Yoruba —los Nago de los franceses; Ibos —genéricamente conocidos por Lucumí y Cogo; Cabindo, Benguela, Musundo, Mundaca, Angola, etc., fueron los que surtieron el mercado cubano en la proporción más considerable. Dada la enorme masa inmigratoria, el trasplante cultural se llevó a cabo en condiciones inmejorables para que la acumulación de su acervo cultural se matuviese indemne ante las influencias del nuevo medio. El contenido de estas culturas es lo que justamente ha atraído a una cantidad considerable de escritores y al mismo tiempo interesado también al antropólogo. Es indiscutible la conservación de los cultos, los cuentos y las leyendas entre los negros de Cuba, debido en gran parte a que, destinados los hombres de color a tareas inferiores, su círculo se cerró más aún.

Como subraya nuestra autora, existió en Cuba, al igual que en tierras africanas, el narrador de cuentos, generalmente un viejo que iba de pueblo en

pueblo y que narraba para los que los domingos se reunían a escucharle, las historias de un repertorio inagotable. Trasladados a otros medios, muchos de estos cuentos encantaban la infancia de los pequeños blancos, que los aprendían de labios de sus nodrizas negras, y que ejercieron sobre éstos una influencia imborrable. Y así no puede negarse que Cuba es un país secretamente saturado de reminiscencias africanas. El alma negra tiene candorosas diafanidades y quien la contempla vislumbra hoy, sin la deformadora perspectiva del tiempo, lo que debió ser el hombre frente al misterio de la creación, antes del culto organizado.

Con un repertorio constituido por esos mitos, cuentos y leyendas de Cuba, ha hecho su libro Lydia Cabrera, valioso aporte para el folklore afro-cubano. Puede decirse que estos cuentos han dado lugar a una obra en la que la forma de la narración y la propiedad del estilo le asignan una favorable acogida por parte de los estudiosos de estos problemas. En cuanto a la materia de los cuentos, se trata de breves narraciones, en general etiológicas, que quieren explicar e ilustrar por ejemplo el poder sobrehumano de los mellizos, o por qué "El chivo hiede", o por qué "La gallina de Guinea clama pascual, pascual", o por qué motivo la lagartija se pega a la pared y el caracol lleva su casita a cuevas, etc. Este carácter etiológico, que ha sido plenamente comprendido por la autora, forma la justificación del título "Porqué...".

Uno de los más notables desde nuestro punto de vista es el titulado *Hay hombres blancos, pardos y negros*. "Quien fabricó el mundo —dice el narrador— hizo a los hombres de un mismo color y tuvo a bien hacerlos prietos con la lama oscura del primer lagurrajo que formó en la tierra la primera lluvia". Pero los hombres no quedaron conformes y cierto día que Dios, según su costumbre, andaba por el mundo, habiéndose encontrado con tres hermanos, el más pequeño le pidió que lo hiciera blanco. "Pues yo sé de una poza —dijo— cuyas aguas preparadas por mí, si así lo deseas, emblanquecerían inmediatamente tu piel", y sin esperar más Dios condujo a los tres hermanos a una charca de agua helada. El más pequeño se sumergió resueltamente en la poza, hasta que blanco por completo salió del baño. El segundo, que había mirado las aguas con desconfianza por estar frías, cuando vió a su hermano tan hermoso, se apresuró a entrar, pero el agua estaba ya sucia y su tez sólo palideció un poco.

En cuanto al tercero lo único que consiguió fué que las plantas de sus pies y el hueso de sus manos se destiñeran un tanto. Y fué en este momento que el pequeño, lleno de orgullo, se transformó en el amo de sus propios hermanos, a los que hizo sus esclavos. La reacción de éstos fué muy distinta. El mulato, pensando que por muy poco su color podía haber sido igual al de su hermano, concibió por él un odio inmenso y desde ese día, sólo pensando en vengarse, hizo a su vez un esclavo de su pobre hermano negro, el que, muy abatido, sólo pensó en doblegarse a sus hermanos y servirlos como mejor pudiera. Un día, el Diablo se compadeció de él, pues el blanco no perdía ocasión de castigarlo y el mulato de injurarlo, y acarició sus cabellos, que al contacto de los dedos de fuego se chamuscaron para siempre. Al sentir su cabeza quemada, el negro huyó, tropezó con un tronco y al caer se aplastó la nariz. Un alacrán que había en ese tronco, al sentirse importunado, le clavó su aguijón en la boca, abultando sus labios para siempre.

Y así, con un lenguaje perfectamente adecuado al asunto, el narrador negro, al mismo tiempo que nos describe a cada uno de los tres hermanos con las características raciales más salientes, nos explica el porqué de hombres blancos, pardos y negros; su discurso es una ingenua y pintoresca página de antropología sistemática.

Para el hierógrafo anotaremos que el Dios de este cuento, creador de los hombres y tan condescendiente con sus caprichos, tiene en la fábula el nombre de Olofi, nombre afín a los bien conocidos en las religiones de la costa africana. Son de gran utilidad, para la mejor comprensión del libro, las notas que en las últimas 28 páginas ilustran sobre el valor de los nombres propios y las expresiones negras.

CARMEN MARENGO

CARRION CACHOT, Rebeca. - *La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón*; en "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología", Vol. II, N^o 1; primer semestre 1948; Lima, Perú; pp. 99-172.

La obra que motiva esta reseña constituye un valioso aporte de la doctora Rebeca Carrión Cachot, directora del Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima, al conocimiento de las antigüedades del Perú, porque en ella da a conocer dos nuevos centros de la Cultura Chavín descubiertos recientemente por el desaparecido doctor Tello, y hace a su vez una síntesis de aquella cultura y un ensayo de interpretación de las formas artísticas que le son peculiares.

En la introducción pasa una breve revista a los que se ocuparon de las ruinas de Chavín, para detenerse luego en el primer estudio efectuado por Tello en 1919, que reveló los importantes restos de una rica cultura desconocida hasta entonces. De los restos estudiados correspondió la mayor importancia a los de tipo arquitectónico, aunque abunda la cerámica de formas elegantes y base plana y se comprobó la existencia de un arte en huesos de animales. La exploración de 1919 fué complementada por otras realizadas en 1934, 1940 y 1941, que permitieron el conocimiento y la interpretación de las ruinas de Chavín como uno de los más interesantes templos de la antigüedad americana, tal como se desprende de las láminas y reconstrucciones que ilustran el trabajo de la Dra. Carrión Cachot.

La significación de los restos hallados en Chavín de Huantar indujo a Tello a explorar la cuenca del Marañón, porque creyó advertir en ellos fuertes influencias amazónicas acusadas por las reminiscencias del tallado en madera (los rebordes de lápidas y estelas) y por la frecuente representación de animales propios de la floresta (jaguares, serpientes, etc.). Guiado por esta idea, exploró la región hasta el pongo de Manseriche, hallando numerosos restos semejantes en Yayno, Llamellín, Chalina, Kuntur Wasi, etc.; lo mismo ocurrió en los valles del Norte del litoral y hacia occidente, incluídas las islas. En resumen, la cultura Chavín se extendió por el Norte hasta más allá de los Andes ecuatorianos y por el Sud hasta Moxos, en Bolivia. Esta vasta extensión geográ-

fica prueba que fué una cultura de gran trascendencia, que por razones que no conocemos fué absorbida por otra, propia de pastores y agricultores, que ocuparon las tierras altas, dejando sus vestigios a lo largo de la cordillera.

El tercer capítulo, dedicado al arte Chavín, constituye lo más valioso del trabajo, porque ha trascendido la etapa descriptiva para entrar de lleno en la interpretación de los restos arqueológicos. Considera al arte Chavín como un "arte adulto" por la pericia de su realización y la perfección de las formas, tantas que le hacen suponer la existencia de escuelas especializadas, posiblemente de carácter religioso, para su aprendizaje. El arte todo gira alrededor del culto, que refleja las influencias de un medio geográfico hostil; fué un culto intenso, por cuanto todas las manifestaciones humanas tienden a ensalzarlo, y fué un culto sanguinario, como lo demuestran las representaciones artísticas más frecuentes, ya se trate de fieras armadas de agudos colmillos o de cabezas humanas mutiladas.

El sello de mayor personalidad de esta vieja cultura peruana se observa en el trabajo de la piedra, que utilizó las más variadas, pero siempre a la perfección, tanto en la confección de monumentales obeliscos, lanzones y cornisas para las fachadas de sus templos, como en las interesantes cabezas-clavas y ollas de piedra tallada. La Dra. Carrión Cachot hace notar, dentro del primer grupo de objetos, la importancia de los obeliscos, y dentro del segundo grupo, señala la perfección de las cabezas-clavas. Como consecuencia de su minucioso estudio afirma que el arte lítico Chavín no tiene rival en Sudamérica.

La cerámica alcanzó también un alto grado de desarrollo y figuran en ella los motivos decorativos citados más arriba, salvo las representaciones de grandes dioses, debido quizá a limitaciones de carácter religioso. Las formas son de dos tipos bien definidos: uno, que imita recipientes de madera, de base plana y paredes oblicuas, y otro que imita frutos de cuerpo esférico. La decoración responde principalmente a motivos geométricos y míticos que la autora reproduce aislados para su mejor apreciación. En cuanto a la orfebrería, se han encontrado numerosos objetos de oro que prueban un adelanto notable.

Finaliza el capítulo con una clasificación de los motivos decorativos que, aunque parezcan innumerables, pueden reducirse a unos pocos que se repiten y se acumulan. Ellos son en orden de importancia: un dragón hermafrodita, que la Dra. Carrión Cachot considera como divinidad suprema y que tiene como auxiliares a un felino de carácter sideral y a un ave; seres felínicos humanizados y cabezas humanas cortadas, a los que hay que agregar otros de menor importancia como moluscos, serpientes y monos.

El resto del trabajo lo constituye la presentación de dos nuevos centros de cultura Chavín: Kuntur Wasi y Ancón.

El primero fué explorado por una expedición bajo la dirección de Tello, en 1946, quien vió en este yacimiento un punto de contacto con los centros arqueológicos colombianos. Las excavaciones duraron un año y en su transcurso se extrajeron gran cantidad de piezas de cerámica y de piedra, dejándose al descubierto un gran templo de doce metros de altura aproximadamente. Las piezas pétreas más interesantes son ciertas estatuas alargadas de doble representación (dios y animal mítico) relacionadas con otras semejantes de origen colombiano; abundan también losas con notables bajorrelieves de concepción idéntica a los de Chavín de Huantar. La cerámica recogida constituye también

un núcleo homogéneo y su abundancia ha permitido un estudio detallado de su morfología en base a los dos tipos ya identificados. Acompaña a la presentación del nuevo centro un esquema del tipo de tumba más común, y su inventario. La autora considera que Kuntur Wasi fué un santuario como lo fueron Pachacamac y Coricancha.

En Ancón, los descubrimientos realizados han aclarado ciertos problemas referentes el poblamiento del litoral del Pacífico, por la primitiva cultura "florestal" de Chavín. La Dra. Carrión Cachot distingue cuatro períodos, en estratos sucesivos ocasionados por aluviones periódicos, afirmando que las condiciones climáticas y biológicas debieron ser muy distintas de las de hoy. Los restos más importantes que se extrajeron de Ancón pertenecen al cementerio Chavín, de las colinas del Sud.

Este cementerio ocupa el cerro de San Pedro. No se trata de tumbas propiamente dichas, sino de simples hoyos, uno al lado del otro, y los cadáveres reposan sobre una tarima de paja, recubiertos por una estera. Acompañan al cuerpo restos de cestería y huesos trabajados, pero el rasgo más característico lo constituye la cerámica, que recuerda a simple vista el arte en madera de la montaña. El elemento común a todos los ajuares es una canastita de mimbre, vacía, colocada cerca de la cabeza.

Para finalizar, diremos que la autora no deja de presentarnos una valoración cronológica del período de Chavín, que considera iniciado en 2.250 a. de C., lo que le confiere una antigüedad de 4.500 años. Estima, además, que el pueblo que creó y sustentó el arte Chavín es el tronco de la gran familia peruana. Es evidente que en la apreciación del tiempo nuestra autora no se ha independizado de la tendencia a la exageración de antigüedades americanas que ha sido corriente en Sudamérica durante la época de la arqueología romántica. Hecha esta salvedad, sólo nos resta decir que el trabajo de la Dra. Carrión Cachot constituye una acabada muestra de buena voluntad, claridad mental y dedicación, puestos al servicio de la arqueología.

CIRO RENÉ LAFON

CASTRO, Josué de. - *Geografia da fome. A fome no Brasil* (2ª edición).
Río de Janeiro, 1948.

Es *Geografia da fome* una obra que está proyectada en cinco volúmenes destinados a abordar el estudio exhaustivo de este tema en todas las áreas del mundo. El primer volumen, *A fome no Brasil*, es un ensayo bio-social de las condiciones de vida del pueblo brasileño. Su autor, Josué de Castro, pone a luz verdades que en todos los estados suelen encubrirse por falso amor nacional.

Como punto de partida para lograr sus fines, teniendo en cuenta los distintos grupos humanos, los variados tipos de clima y las categorías de recursos naturales, divide el país en cinco áreas bien caracterizadas: 1) Área de Amazonia, 2) de Mata del Nordeste, 3) del desierto del Nordeste, 4) del Centro-oeste y 5) del extremo Sud. De éstas son nítidamente áreas de hambre las tres primeras, ya que según consideraciones del autor, las deficiencias alimenticias inciden sobre la mayoría de individuos que componen su efectivo demográfico,

sean deficiencias permanentes (áreas de hambre endémica) o transitorias (áreas de epidemias de hambre).

Extensos capítulos del libro exponen el resultado de un estudio completo de cada zona y dan una clara visión de las causas y efectos del hambre, considerado como fenómeno colectivo, en la población brasileña.

El área Amazónica es una zona de floresta ecuatorial; demográficamente representa uno de los más extensos desiertos del mundo. Minúsculos grupos de pobladores salpican la región, sin fuerzas suficientes para dominar el medio ambiente; llevan un régimen de economía destructivo, de simple colecta de los productos nativos. El hambre en la región Amazónica justificase sobre todo por la lucha desigual entre el hombre desarmado y las fuerzas extremadamente agresivas del medio geográfico pobre en recursos alimenticios.

El área del Nordeste azucarero está profundamente alterada en sus trazos geográficos fundamentales por la acción del elemento humano; la vegetación natural ha sido sustituida por un tipo de agricultura comercial, el cultivo de la caña de azúcar, para el cual estas tierras se prestan maravillosamente. Este régimen de vida latifundiarío y monocultor arrastra las poblaciones locales a un standard de vida terriblemente bajo. En lo que concierne al área del desierto del Nordeste, si bien no es ya una zona de hambre endémica, sino epidémica, también sufre las crisis calamitosas del hambre, por ser una zona semiseca acosada periódicamente por la absoluta falta de lluvias. Infortunadamente las sequías periódicas desorganizan por completo la vida económica y social de la región, extinguiendo las fuentes naturales de vida. No obstante, es tal vez la zona más racional y equilibrada del país.

El autor de la obra destaca que en todas estas regiones hay déficits de proteínas, aun en los mismos alimentos básicos, y el primer gran defecto evidenciado en los distintos tipos de dieta es una terrible monotonía y falta de variedad de las sustancias que entran en su composición, hasta tal punto que aun en las áreas Central y del Sud, relativamente privilegiadas por ser sus deficiencias alimenticias más discretas y menos generalizadas, estas condiciones se van tornando cada vez más precarias, en parte por la ausencia de ciertas vitaminas en sus productos y por otro lado por el crecimiento normal de las poblaciones sin el incremento correlativo de la producción.

De todo esto es fácil deducir que la dieta de estas áreas carece de los elementos necesarios para el perfecto desenvolvimiento y equilibrio de los individuos, ya que según el Dr. Josué de Castro, todo régimen alimenticio, cualesquiera sean las sustancias que entran en su conformación, para ser considerado un régimen racional debe ser *suficiente, completo y armónico*.

En las áreas de hambre se verifica, en unas más que en otras, un estado de penuria orgánica por el cual los individuos pierden su resistencia y capacidad de defensa contra los agentes mórbidos de toda categoría y se transforman en presas fáciles de innumerables dolencias.

A causa de la desnutrición, en el área Amazónica aumentan los coeficientes de mortalidad, especialmente infantil, y también ciertas dolencias infecciosas como la tuberculosis; así lo demuestran los datos numéricos reunidos por el autor. Lo mismo puede decirse del área del Nordeste azucarero, donde dice el autor que de lo que más se muere es de hambre. En cuanto al área del desierto del Nordeste, también sufre el azote de la desnutrición, que se hace ostensible

en la ceguera, que aumenta en forma alarmante, como lo dejan apreciar las cifras de este libro. En las restantes regiones también son visibles las señales de la avitaminosis.

El autor sugiere una serie de medidas cuya adopción considera necesaria para terminar con la alarmante situación de su país en materia de alimentación.

La realización de esta obra ha sido posible mediante la ayuda de muchos colaboradores cuyos datos el autor ha sabido conectar orgánicamente con los de una considerable literatura científica y en primer lugar con sus propias indagaciones.

Se completa este tomo con una serie de mapas del Brasil que muestran las diferentes áreas alimenticias, constitución de los suelos y las principales carencias de productos y sus respectivos efectos en el organismo. La obra en su conjunto es una publicación de méritos indiscutibles y de gran sinceridad.

Señalar el mal —ha escrito Imbelloni recientemente hablando de este libro— y combatirlo tenazmente, es uno de los deberes más imperiosos del momento actual. Si habrá —como todos lo esperamos— actividades particulares u oficiales encaminadas a combatir la desnutrición, todos recordaremos que Josué de Castro abrió el fuego.

MARÍA ANGÉLICA CARLUCI

ESCALADA, FEDERICO A. - *El complejo "Tebuelche"; Estudios de Etnografía Patagónica*; publicación del "Instituto Superior de Estudios Patagónicos" de Comodoro Rivadavia; imprenta Coni, Buenos Aires, 1949; 360 páginas y 18 láminas.

El volumen que llega a mis manos, recién salido de la imprenta y con la tinta aún fresca, no me es desconocido, y desde un principio me habla un lenguaje familiar. Muchas de sus demostraciones y conceptos me hacen recordar las horas pasadas durante el mes de febrero u. p. en compañía de su autor, y las largas pláticas que se originaban al propósito de una que otra idea, mientras el doctor Escalada me leía, en las oblongas papeletas anaranjadas de las pruebas de imprenta, los capítulos I a V y XII a XIV, durante nuestras interminables noches de marcha a través de la zona desértica, a la lumbre de la lámpara eléctrica de la camioneta militar de comando, que devoraba el espacio perforando el compacto silencio patagónico. Recuerdos aun recientes y vivaces, y al mismo tiempo afectivos, que me disponen ya desde el principio muy amistosamente hacia el libro que llega ahora sobre mi mesa. A esta atracción y encantamiento me esforzaré por substraerme, como es mi deber, con el fin de informar de modo sereno y objetivo en primer término a los especialistas lectores de RUNA, luego a la Institución editora, que desea una valoración sincera, así como a los estudiosos que responden al llamado de la esfinge patagónica en esta actual revivificación de los estudios sobre el lejano Sud argentino, y por último al propio autor del libro, que tiene por delante un porvenir casi ilimitado, mientras le asiste el derecho de no recibir halagos por simple amabilidad ni ser pospuesto con descortesía, sino acompañado con mano amigable en el proseguimiento de su camino, hasta alcanzar sus desinteresados y nobles objetivos.

A los colegas diseminados en todas las universidades de América y del mundo debo ante todo presentar la persona de este nuevo especialista, que surge de modo inesperado y hace sentir su voz con tanta dignidad desde un punto del territorio argentino en que nadie sospechaba que se encontrasen estudiosos tan provecos. Federico A. Escalada es médico y presta actualmente sus servicios sanitarios en Comodoro Rivadavia, ciudad capital de la Zona Militar homónima, en calidad de comandante médico de la Gendarmería Nacional. Es joven; cumple apenas los cuarenta años. El ejercicio de la medicina, iniciado en la provincia de Buenos Aires, de donde es nativo, lo retuvo cerca de cuatro años en la zona de Alto Río Senguer y otros tres en Río Mayo, dos centros de rutas precordilleranas donde en aquel entonces empezaba a esbozarse la vida urbana, y que con su carácter intensamente agreste y duro modelaron el ánimo de Escalada y al mismo tiempo le ofrecieron la oportunidad de recorrer diariamente las características 'huellas' patagónicas que llevan hacia la cabecera del río Mayo y del Chalia, donde sobreviven grupos de aborígenes relativamente numerosos, aunque muy mezclados y algo dispersos. Durante los siete años de aislamiento transcurridos en el duro trabajo sanitario de Patagonia, que impone recorrer diariamente centenares de kilómetros, a menudo sin encontrar alma viviente, maduraron las facultades y los propósitos de Escalada. Inquieto y tenaz por temperamento, fué captado hondamente por el misterio de los hombres y cosas de la Patagonia antigua, que las lecturas de Falkner, Musters, Lista y Moreno tan vivazmente le instaban a elegir como tema de enfoque. Y ahí se revela una singularidad favorable: mientras todas las personas encendidas por la curiosidad patagónica no salen normalmente de la esfera de lo literario y elegiaco, he aquí que Escalada supera esos moldes superficiales, mostrando una avidez de puras fuentes y una seriedad cognoscitiva que sorprenden. He podido convencerme, mediante su trato íntimo, que la medicina —y en particular la familiaridad del raciocinio semiológico— habían ya determinado en su espíritu una notable tendencia hacia la severidad, y el hábito de la perseverancia en toda clase de indagaciones. Escalada ha leído, como lo hemos hecho todos nosotros, los grandes y pequeños libros escritos sobre la Patagonia, que describen sus antiguos habitantes, sus costumbres y lenguas, pero de ningún modo ha quedado conforme con tal conocimiento libresco y ha concebido la necesidad imperiosa de superarlo. El libro que ahora nos brinda es el resultado de varios años pasados *junto a los indígenas que auténticamente representan las poblaciones vernáculas*. Pronto se había convencido de que, en lo referente a la Patagonia, sólo pueden esperarse frutos utilizables alejándose un poco de la información exclusivamente de biblioteca, llegando a las únicas fuentes que, aún hoy, brindan la pureza de su caudal casi inexplorado (p. 1). Este método, sigue Escalada, *ha de ser general y aplicable en toda región del mundo, pero en ninguna tan perentorio como en la Argentina austral, donde la población antigua está en plena extinción*. No sólo se ha valido Escalada de las libretas de apuntes llenadas durante sus excursiones, sino que hizo venir a su lado, en su misma casa de Comodoro Rivadavia, a varios indígenas, y de manera permanente a la más despejada de sus informantes, una anciana del alto Chalia, hija del cacique Kilchámal, con la que mantiene coloquios metódicamente escalonados con el fin de esclarecer los problemas de la lengua, las generaciones, la historia y las costumbres.

Conozco personalmente la paciente y pausada labor de doña Agustina, y puedo apreciar qué preciosa contribución ha tenido en su ayuda el autor del libro que comentamos.

Después del autor, tócame ahora presentar a la institución que ha patrocinado y sustentado la edición, en lo material como en lo moral. Es sabido que desde algunos años se encuentra establecida la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia, cuya zona comprende la porción septentrional del territorio de Santa Cruz, más o menos a partir del río Deseado, y la meridional del Chubut hasta más o menos el paralelo 45°. El anterior Gobernador de la Zona Militar, General Armando S. Raggio, quien dejó buen recuerdo por sus eficaces medidas de carácter económico y gubernativo, veló con gran atención para el porvenir de la cultura pública, y no solamente en lo que se refiere a las escuelas de primera y segunda enseñanza, sino también en vista de ampliarla por medio de la enseñanza superior. En este sentido creó una entidad que con el nombre de "Instituto Superior de Estudios Patagónicos" preparase el advenimiento de un centro universitario, a constituirse en la Patagonia cuando lo reclamare la creciente importancia de esa parte de la ciudadanía nacional, por determinadas razones cultísima en varios sectores de la civilidad, según he podido comprobarlo personalmente en toda su inmensa extensión. El actual Gobernador de la Zona, General Julio A. Lagos, no ha perdido de vista estas sanas medidas de gobierno y, bien sabiendo que en los centros fabriles y comerciales conviene sobre todo dar incremento a la vida del espíritu, prodiga el más asiduo cuidado a la Biblioteca Oficial de Comodoro y así también al Instituto Superior de Estudios Patagónicos, a cuyas sesiones asiste puntualmente, interesándose en varios aspectos por su adelanto. El doctor Federico A. Escalada desempeña en el Instituto el cargo de Secretario General, y puede decirse que es su verdadero animador y legítimo exponente. El libro que tenemos por delante es la primera publicación del Instituto, y bien podemos asegurar que, si sabrá mantenerse fiel a tal principio, la obra a desplegar en lo sucesivo ha de ser apreciada en todo ambiente científico del país y fuera de él.

En lo que atañe a la materia tratada en esta obra, ha llegado el momento de extraer de sus páginas las teorías y demostraciones que encierran, con el fin de resumirlas y enunciarlas a las personas que —en todo el mundo no menos que en la Argentina— están pendientes de las novedades que puedan manar del actual resurgimiento del interés patagónico entre los investigadores de la Argentina. Son ellas a menudo averiguaciones de datos de hecho que pueden desde ya considerarse como definitivas, y otras veces raciocinios del autor que esperan verse confirmados o rechazados en lo sucesivo. Se encuentran estas contribuciones desarrolladas a manera de demostración dialéctica en los capítulos del volumen; el mismo autor confiesa que su libro tiene un *constante matiz polémico* (p. 15). Procederemos siguiendo, en lo posible, el orden en que los distintos tópicos se encuentran en la obra.

La primera sección comprende los capítulos I a X. Los capítulos I y II, resumidos en el X, son breves introitos en que se traza la sumaria distinción de los grupos indígenas que hubo al Sud del paralelo 34° S., en tres grandes núcleos: 1° el canoero Yámana de los canales y del Estrecho, representante de la capa humana más arcaica (Fuéguidos por su raza), 2° el agricultor Araucano de construcción pícnica, integrante de la última y relativamente

reciente invasión de la llanura desde Chile (Ándidos) y 3º la gran formación intermedia que comprende a los cazadores Ona de la Tierra del Fuego y a los demás cazadores de la Patagonia y la Pampa, cuyo hábito corporal es el atlético con tendencia a longilíneo (Pámpidos). Es este último el que constituye el especial objeto de la obra e integra el "complejo Tehuelche" del autor, quien en el capítulo V justifica la denominación adoptada. En el IV establece la repartición del "complejo" en cinco componentes simples: tres continentales y dos insulares, de acuerdo con el esquema siguiente (p. 25):

Tehuelche de la tierra firme	<i>Guénena-kéne</i> <i>Aóni-kenk</i> <i>Chehuache-kenk</i>
Tehuelche insulares (Onas)	<i>Šelknam</i> <i>Man(e)kenk</i>

Los capítulos VI, VII y VIII se dedican a ilustrar las características de las tres * componentes continentales: *Guénena-kéne*, *Aóni-kenk* y *Chehuache-kenk*. Ha de resultar interesante la repartición territorial de los tres grupos que Escalada presenta en su obra, no ya como una hipótesis de trabajo, sino como efecto de maduras observaciones de orden histórico, lingüístico y genealógico, fundadas en el conocimiento personal del terreno y en el testimonio de indígenas vivientes que conservan memoria del saber propio de familias cacicales de sesenta años atrás, y el pleno uso de las lenguas aprendidas desde la infancia. En el mapa esquemático que reproducimos se distinguen las áreas territoriales de cada una de las tres 'parcialidades'. En cuanto a las dos primeras: *Guénena-kéne* y *Aóni-kenk*, ambas eran conocidas con cierta aproximación en lo de su gentilicio y respectivo *habitat*, y debemos a Escalada una más exacta discriminación del nombre y del territorio. Pero en lo que concierne a la tercera, o de los *Chehuache-kenk*, la obra de Escalada nos trae elementos de juicio de todo punto novedosos, y una sistematización original. Los *Chehuache-kenk* ocuparon establemente la alargada faja precordillerana que comprende las porciones occidentales de los actuales territorios de Río Negro, Chubut y Zona Militar de Comodoro Rivadavia, extendiendo sus correrías aguas abajo de los ríos Negro, Colorado, Chubut y Senguer. Hablaron una lengua propia (afín a la de sus hermanos *Guénena-kéne* y *Aóni-kenk*). Este grupo cordillerano fué el primero en extinguirse (p. 95) porque fué el que primero y más intensamente sufrió el embate de las oleadas araucanas y la consecutiva mescolanza de sangre (p. 318). No deja Escalada en la sombra la compleja nomenclatura que se deriva del hecho que cada gentilicio patagón ha tenido tres ediciones: 1ª el nombre que se da el pueblo a sí mismo, 2ª y 3ª los dos que le dan las parcialidades restantes y 4ª el que le confiere el Araucano. Sistematizando los datos de Escalada, compilamos el siguiente prospecto:

* En la denominación de los gentilicios y otros vocablos nativos que se reproducen en esta reseña seguimos la transcripción usada por el autor del libro que comentamos, reservándonos el empleo de la transcripción fonética rigurosa de tales términos para ulteriores publicaciones de matiz más especializado en el sentido glotológico.

los tres grupos	sus lenguas resp.	nombre que dan al grupo cordillerano
<i>Guénena-kéne</i>	<i>Guénena-iaɣich</i>	<i>Chulila-kéne</i>
<i>Aóni-kenk</i>	<i>Aónico-aish</i>	<i>Téushen-kenk</i>
<i>Chewache-kenk</i>	<i>Chewache-iaɣich (?)</i>	<i>Chewache-kenk</i>

En cuanto a los Araucanos, el grupo cordillerano era llamado en su lengua (el Mapuče) *Inal-mawiza che*, o 'gente al pie de la cordillera'. Del breve prospecto que antecede es fácil deducir algunas correlaciones sobre las tres lenguas del 'complejo Tehuelche': los vocablos 'gente' y 'habla', son respectivamente: *ken*, *kenk* y *iaɣich*, *aish*. También se deduce que el vocabulario recogido por Carlos Ameghino y C. Burmeister antes de 1890 con el nombre de lengua *Téuesh* y respectivamente *Tébues*, *Tébuesbenk*, *Tébuesson*, y cuya ubicación certera había perturbado a los especialistas, corresponde a la lengua del grupo cordillerano.

La segunda parte de la obra comprende los cuatro capítulos XI a XIV, en que se acentúa el carácter dialéctico. Son, en realidad, cuatro demostraciones polémicas; la primera contra los que sostienen la existencia de una 'llamada nación Pampa', la segunda contra las ideas de Falkner, la tercera y cuarta contra la sistematización de Lehmann-Nitsche en sus grupos lingüísticos *Chon* y *Het*, respectivamente. Sin seguir el desarrollo de la discusión, lo que resultaría imposible sin salir de los límites de esta reseña, diremos cuáles son, en breves palabras, los puntos de la obra del Dr. Escalada, en sus discusiones de carácter general que cobran mayor interés ante los especialistas.

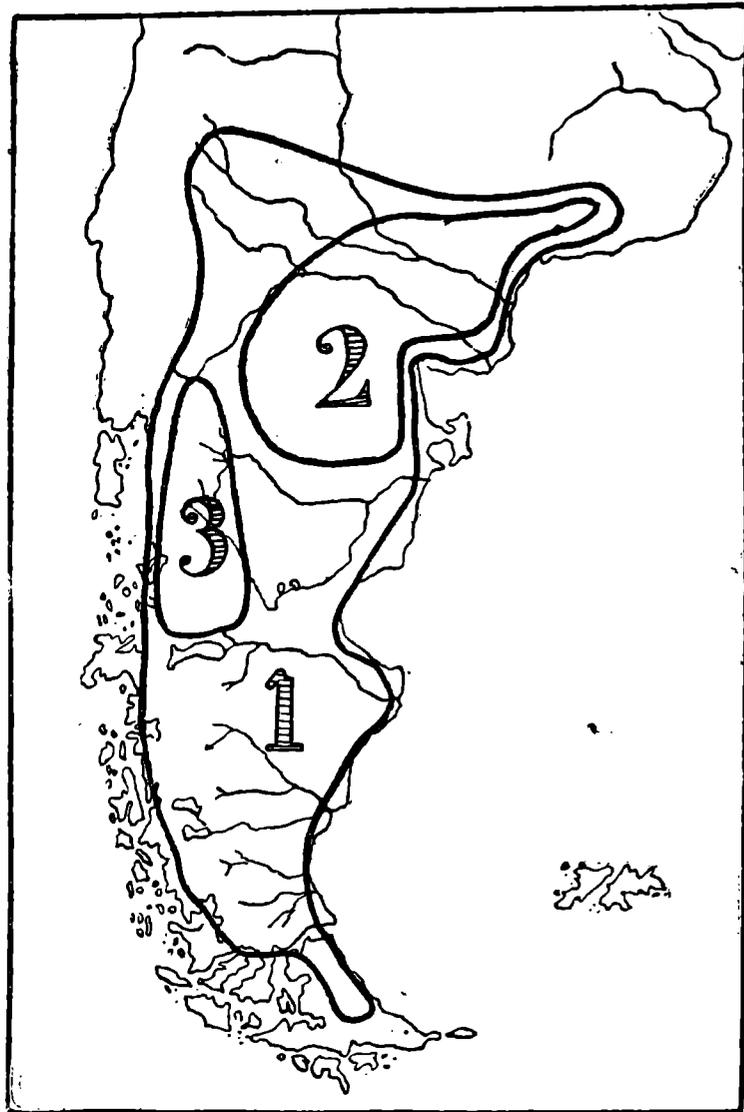
Para Escalada no existe, ni existió nunca, una 'nación Pampa' como "individualidad étnica específica de la pampa, no araucana, no guaraní, pura y exclusiva". La Pampa argentina no ha encerrado a una 'raza del medio', según la frase de Lafone Quevedo; fué, más bien, una 'tierra del medio' o campo abierto a las correrías de pueblos diversos (p. 137). Respecto a los famosos Querandíes, Escalada niega igualmente su existencia como entidad específica; entre la hipótesis gennaken de Moreno y la guaraní de De Gandía, prefiere la última, sin excluir un cierto grado de miscela. Si nosotros interpretamos bien sus líneas de las páginas 127 y 128, podemos puntualizar que el llamado núcleo querandí era —según Escalada— en cuanto a la raza afín al grupo Charrúa del Litoral, y en cuanto a las costumbres ampliamente aculturado al patrimonio Guaraní; ello coincide con nuestra opinión respecto a esa entidad ficticia que tantas páginas artificiosas suscitara en la literatura histórica y etnográfica.

Una vez emprendido el camino de revisar el mapa étnico y lingüístico de la llanura argentina, se ve Escalada ante la necesidad de destruir el panorama y la clasificación de Lehmann-Nitsche, en el doble sector de las lenguas *Het* o septentrionales, y del grupo *Chon* o meridionales. La discusión se desarrolla en dos momentos consecutivos, que consisten primero en derribar el armazón del célebre naturalista inglés Padre Tomás Falkner, que es la plataforma donde Lehmann-Nitsche apoyara sus pilares, y segundo en objetar los datos del propio Lehmann-Nitsche y su elaboración. El doctor Escalada de modo alguno oculta que en estos capítulos XI a XIV cobra formas más agudas lo que llama su

propia 'actitud iconoclasta'. No podremos seguirlo, naturalmente, en todas sus argumentaciones, y nos limitamos a mencionar que con respecto a la existencia de los pueblos de lengua *Het* su pronunciamiento es en absoluto negativo (pp. 212-249). La cuña araucana, inserta a modo de amplio diafragma entre los hombres del conjunto andino al Norte y los del complejo Tehuelche al Sud, ha causado el alejamiento de ambos bordes de la población septentrional y la meridional, cuyo intervalo se ha querido llenar en los escritos de etnografía y lingüística mediante la intrusión ficticia de una lengua del Medio y del grupo lingüístico *Het*. En cuanto al grupo lingüístico *Chon* de Lehmann-Nitsche, Escalada no combate su substancia, sino el nombre, pues sostiene que es factible decir grupo *Kenk*, usando el vocablo que en todos sus idiomas significa 'gente' (p. 156).

Los capítulos VX a XVII constituyen la tercera parte de la obra. El XV está dedicado a la revisión de las clasificaciones de Cox y Musters; nosotros extractamos para comodidad del lector, y previas ligeras adaptaciones, el prospecto que figura en estas páginas. El XVI contiene apuntes biográficos y genealógicos de las principales familias tehuelche que han dejado algún sobrevi-

viente en las cabeceras del río Mayo, del Chalia y del Senguer. Se trata de noticias que posiblemente tienen poca importancia para el antropólogo y americanista en general, pero ejercen una gran atracción en los que conocen personalmente a estos sobrevivientes, verdaderas reliquias de una magnífica raza que desaparece ya aceleradamente. Todos los pobladores actuales de la Patagonia ~~los~~ ~~están~~ ~~estas~~ ~~paginas~~ ~~con~~ ~~gran~~ ~~interés~~. Yo he encontrado en ellas útiles datos para completar mis notas de campaña destinadas al libro que estoy componiendo: *Los últimos Patagones (Tewelche)*, en forma directa respecto a los



Areas esquemáticas ocupadas por las tres parcialidades que componen el conjunto Tehuelche, según el Dr. Escalada: 1, Aoni-kénk; 2, Guénena-kéne y 3, Cheuache-kénk.

individuos que visité acompañado por Escalada en la Zona Militar, y en forma mediata, a veces, en lo que concierne a los demás, que había encontrado anteriormente en los valles y reservas del Territorio de Santa Cruz, en los dos primeros tramos de la expedición a los territorios del Sud, efectuada por el Instituto de Antropología durante el primer trimestre de este año. El capítulo XVII está dedicado al meteorito de Káper Káiike, y es uno de los más delicados y atrayentes del volumen. La leyenda que en él se ilustra, y la incluida canción del 'hierro pesado de mi raza',

Iámego táan pógueing gueu

que con el doctor Escalada hemos grabado en un alambre del aparato Webster, ha suscitado en Buenos Aires y en Mendoza un interés muy intenso del público, porque la certeza de la inmerecida muerte total de la raza tehuelche está allí transformada en canto elegíaco de sobria y férrea contextura. El tomo se cierra, a guisa de apéndice, con un informe sobre "El problema aborigen en la Zona Militar de Comodoro Rivadavia; bases para su solución", cuyo carácter oficial no excluye el interés del etnógrafo.

Después de resumir la materia tratada en la obra del doctor Escalada, me queda por esbozar una tentativa de valoración, sin lo cual la reseña de tantas innovaciones terminaría por dejar perplejo al lector e insatisfecho al autor del libro.

Debo poner en primer término los tres núcleos que Escalada indica como integrantes del complejo Tehuelche. Sostengo que con excesiva modestia ha considerado esta parte como un simple introito, "esta primera parte de generalidades" (p. 103), porque en ella está presentada la trama esencial de la obra. Delimitar las respectivas áreas de mayor densidad con indicaciones geográficas directas, señalar el idioma de los tres grupos, establecer concretamente su nombre gentilicio en cada uno de los tres idiomas tehuelche, además que en Araucano, fijar la toponimia y respectivas sinonimias, cotejar las antiguas noticias transmitidas por los evangelizadores y colonizadores de antaño, por los viajeros Cox, Musters, etc., y por los lingüistas antiguos y recientes, es un cometido que de ningún modo podemos estimar secundario. Especialmente meritorio es todo lo que concierne a la menos conocida de las tres reparticiones, la Cordillerana o 'Serrana', propia del pueblo *Chehuache-kenk*, que los Tehuelche Guénena-kéne llamaban 'gente de Chulila' y los del Sud *Teushen*.

Todo lo que se refiere a este importante núcleo del conjunto Tehuelche debe estimarse como adquirido para la ciencia, y, en las condiciones de nuestro saber actual, como peldaño firme y positivo, sobre el cual podrá basarse el trabajo de esta nueva época de estudios patagónicos. El método con que Escalada llegara a este resultado es por sí mismo una enseñanza. Pocos libros, mucho andar y venir por lugares que durante doce lustros han permanecido inaccesibles al etnógrafo y al lingüista, largos años intensamente vividos en contacto personal con el hablante nativo, elección de una informante indígena, doña Agustina Kilchámal, que a la edad avanzada une una inteligencia despierta y gran buena fe; constante y metódico trabajo de encuesta léxica, histórica y genealógica al lado de ella, y cariñosa afición mutua; son estos los pilares de la obra de Escalada, y nadie sabría imaginar condiciones más favorables para alcanzar la certeza deseada. De tales bases recaba el autor esa seguridad

y esa desenvoltura que transparecen en cada una de sus líneas y que brindan a su escrito una atmósfera tan inusitada y diáfana.

Otro de los adelantos positivos de la obra es la anotación crítica del léxico del Aóniko-áish, que ocupa especialmente el capítulo XIII, pero también aparece aquí y allá casi en toda página del volumen. Es natural que no abramos aquí la cuestión sobre la grafía, que Escalada de ningún modo podía modificar radicalmente en este primer trabajo destinado a la lectura de un público muy amplio, con la saludable intención de captar su interés hacia el reverdecer de los estudios patagónicos. Tocamos aquí una tecla dolorosa, que Escalada no ignora (p. 43): toda la literatura lingüística sobre Patagonia ha empleado transcripciones inadecuadas en la primera época, cuando los vocabularios se escribían con letras ordinarias, usadas al modo de la lengua inglesa, alemana, italiana y española, pero luego, cuando se quiso ensayar el uso de los diacríticos, se llegó a verdaderos absurdos, por ignorar las bases de la ciencia del fonema y su simbología. Esta condición de inferioridad, que resalta sin excepciones en los vocabularios y gramáticas, me ha tenido sumamente afligido. En otra parte de RUNA se indica cuáles medidas he creído oportunas, después de pedir el concurso de personas igualmente interesadas, para obviar a este inconveniente, que actualmente amenaza desvirtuar todos los afanes de las personas que llegan a la palestra con renovado entusiasmo, conscientes de la urgencia del tiempo, a raíz de la inminente desaparición de los hablantes.

Al rechazo de la entidad Querandí (Escalada, pp. 123-130) nada tengo que oponer: parece ser realmente un gentilicio vacío, ya de substancia lingüística, ya de contenido específico en lo patrimonial, y su repertorio de bienes está entonado al diapasón del Litoral. Tampoco encuentro objeciones al rechazo de los pueblos *Het* de Lehmann-Nitsche y Falkner, que se presentan como araucanos. En este caso, sin embargo, no puedo ocultar que quedo perplejo, en el aspecto negativo, ante el vacío que se abre entre el paralelo 34° y 37° aproximadamente, mientras por otra parte —en el aspecto positivo— me inquieta la presencia de ciertas peculiaridades arqueológicas pampeanas, formadas por determinados restos de terracota, costumbres funerarias, etc., cuya modalidad no puede explicarse a suficiencia.

Nada objeto a la intitulación de 'Complejo Tehuelche'. Que se llame 'complejo Tehuelche', o de otra manera, no representa para mí un asunto capital. No creo que los especialistas empleen útilmente su tiempo en pelearse por meras cuestiones de nomenclatura. Para unos prevalece el sentido geográfico, para otros el tradicional, para un tercero el lingüístico, para un cuarto el racial; en el estado actual de nuestros conocimientos, nada obliga a comprometerse por una o por otra convención. Tampoco creo que sea imperiosa la doctrina del *gentilicio verdadero* que defiende Escalada (pp. 13-150) al decir que un gentilicio debe necesariamente coincidir con el nombre que el pueblo respectivo se da a sí mismo, el que —como se sabe— en la mayoría de los casos es el vocablo que significa 'Hombres'. Se conocen cientos de pueblos cuyos nombres son de otro origen, incluso apodos y vilipendios creados por sus vecinos (los Lagañosos, los Ventrudos, los Enemigos, los Bellacos, etc.). El mismo nombre *tehuelche*, que Escalada ha elegido, no es más que un apodo, un calificativo despectivo creado por los Araucanos (pp. 11, 12, 32).

En la denominación de grupos lingüísticos, en cambio, entran en juego consideraciones metódicas de otro género, por tratarse de una clasificación erudita, de gabinete. Escalada combate la característica *Chon* empleada por Lehmann-Nitsche, sosteniendo que debe preferirse la otra *Kenk*. Sinceramente, opino que su indicación (pp. 73-74, 153-155) de que *Chon* y *Chonek* deban rechazarse como nombres gentilicios del conjunto tehuelche, no alcanza plenamente su objetivo; tenemos una seria información de que fueron usados por los nativos desde antiguo con el sentido de "los hombres" y su valor no puede ser destruído por la tendencia de doña Agustina, que es indudablemente una óptima informante, pero de ningún modo puede dictarnos criterios etnológicos. De sus labios he oído yo también que al decir *Chonek* se excluían

COMPARACION DE LAS CLASIFICACIONES DE:

COX	MUSTERS	ESCALADA
Indios que viajan por la pampa hasta Buenos Aires, etc.	Los pampas del norte de la Patagonia, que incursionan hasta Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, etc. <i>Gente de las Salinas</i> .	Tribus araucanas de la pampa, Ranqueles, Salineros, etc., llamados <i>Péene kénk</i> por los Aóni-kénk en su lengua (el <i>Aónico-áish</i>).
<i>Pebuenches</i> .	<i>Chenna</i> o <i>manzaneros</i> .	Araucanos y en particular Manzaneros.
<i>Pampas</i> o <i>tehuelches del norte</i> .	<i>Pampas</i> , indios del Chubut, gente de Chiquichano.	<i>Guénena-kéne</i> .
Dos clases de tehuelches entre el Chupat y el cabo de Hornos.	<i>Tehuelches septentrionales</i> . Gente de Hinchel o Sinchel, muy probablemente.	<i>Chehuache-kénk</i> .
Con dos idiomas.	<i>Tehuelches meridionales</i> .	<i>Aóni-kénk</i> .
<i>Huicurues</i> .	Indios emparentados a tehuelches en Tierra del Fuego.	<i>Shelknam</i> y <i>Manekenk</i> .
Fueguinos, pescadores y canoeros.		<i>Yámana</i> y <i>Alakaluf</i> .

a las mujeres y a los niños. Mas es justamente en este criterio, 'exclusivo', que muchas tribus de constitución patrilineal fundan la denominación de su propia entidad. Bien hace, sin embargo, al aplazar el enfoque de un 'grupo lingüístico Kenk' (p. 156), porque no sería científico anticiparnos en tema de relaciones íntimas entre los idiomas del Sud. Si queremos —esta vez— proceder con seriedad, se impone que en un primer tiempo adoptemos una adecuada teoría de los sonidos, y una transcripción exacta de los mismos, dictada por buenos especialistas en fonética, y luego confiemos el análisis reflexivo y pausado de los morfemas a un glotólogo capaz de poner en vista las constancias y el grado de los parentescos que lógicamente deben existir, pero que hoy intuimos sólo por medio de algunas analogías lexicales. En cuanto a la nomenclatura que propone Escalada: 'grupo Kenk', su aceptación reclama que antes se demuestre que la voz *kenk* es un gentilicio espe-

cífico y no ya el vocablo genérico que indica 'agrupación', 'tribu', 'parcialidad' u otro concepto similar, aplicable a cualquier pueblo conocido por el aborígen.

No se limitan a las nombradas las adquisiciones que nos aporta el libro de Escalada, y quisiera mencionar apenas las que reputo de mayor peso. Califico definitiva la corrección del error de Musters (y de los muchos que lo hemos seguido en buena fe) sobre el significado racial-lingüístico del grupo *Peenekenk*, que resulta ser el de los Araucanos de la pampa (p. 146-7); novedosa y certera la solución del pequeño enigma de los *Awurwur*, que Escalada demuestra coincidir con los Yámana; interesante en sumo grado la identificación de una parcialidad del núcleo aónikenk que los lindantes llamaban *Métcharnue*, por el empleo de la resina del molle (68-69), la averiguación de topónimos del Anóniko-aish en el territorio al occidente de los Andes (pp. 9, 156); la deducción que no sólo los llamados Poyas del Neuquén (p. 84) sino también los Pehuenches primitivos de Cuyo fuesen poblaciones del 'conjunto Tehuelche' (pp. 18-80); la ligera presentación del aborígen de Chiloé como emparentado con los núcleos fueguinos (p. 141) y la mención fugaz de una verdadera industria paleolítica de Patagonia, en los yacimientos de Puerto Pirámides y Sierras Chaira y Victoria (p. 105). Sobre todo encuentro bien planteada y de ejemplo para lo sucesivo la desvalorización de los cientos y miles de gentilicios que se leen en la literatura antigua y reciente, sin apoyos en el patrimonio ni en la raza o la lengua (pp. 14, 131), condensada en su frase: *Parece mentira que se reúnan tantos presuntos gentilicios, con todas las pretensiones de corresponder a otras tantas naciones* (p. 226).

De ningún modo nos ciega la amistad al afirmar que esta obra modifica casi todas las ideas corrientes sobre la antigua Patagonia, y las clasificaciones aceptadas en el momento actual. Con ella se abre una nueva época de la investigación y se presentan en primer plano nuevos hombres, impacientes de dar a conocer los frutos recogidos o a recoger en el terreno y el laboratorio.

Nuestra sincera imparcialidad nos obliga ahora a no ocultar unas pocas observaciones críticas.

No creemos, desde luego, que merezca la pena insistir ante el autor sobre la conveniencia de evitar —en trabajos sucesivos— la adjetivación de 'guaraní' en 'guaranítico' (pp. 21, 117, 128), forma insostenible en el terreno de la morfología, que se deriva de una magnilocuente asonancia con 'granítico', luego el empleo de 'etnográfico' por 'étnico' (pp. 4, 48, 50) y de 'filología' en vez de glotología (pp. 4, 48, 50, 152); en cuanto a la forma verbal *erra* por *yerra* (p. 121) se trata de mero descuido en la corrección de pruebas.

Más cálidamente le recomendamos que evite el tono riguroso y no pocas veces agresivo con que trata habitualmente a ciertas personalidades, aun en los instantes en que su plano lógico no recibe de tal tratamiento utilidad alguna. No voy a defender a Falkner, por el hecho que la invectiva contra este padre jesuíta del siglo XVII constituye una especie de obligado clisé, que pasa de un autor a otro inevitablemente (a pesar de ello, poseo pruebas de que a veces los errores que se le reprochan fluyen de lecturas poco acuciosas). Pero será fácil comprender que, habiendo sido suplente de la cátedra de Lehmann-Nitsche por el espacio de diez años, sienta el apremio de reafirmar en estas páginas que fué hombre de preclaro ingenio y limpio de vanidad (pp. 13, 23,

94, 134, 214, 220, etc.). Este 'autor germano' ha dedicado treinta años a la enseñanza de su materia en la República Argentina, donde fué invitado a radicarse por Francisco P. Moreno, y su vida entera a los problemas de América, en particular los argentinos; a éstos se consagró con amor entrañable y labor constante, interrumpida sólo media hora antes de cerrar su noble existencia. Estoy seguro que, de no existir la inapreciable contribución de Lehmann-Nitsche, difícilmente tendríamos ahora el placer de tener en nuestras manos la obra que acabamos de analizar.

Recuerda Escalada, lamentándolo, que la clasificación de Lehmann-Nitsche se halla asentada en todos los manuales y mapas lingüísticos y etnográficos publicados entre nosotros y en el mundo entero (pp. 134-5, 215, 223), mientras reclama que se la perfeccione, e incluso se la modifique y corrija a raíz de severas indagaciones —para las cuales su propio libro ofrece un peldaño inicial, en gran medida promisor—. Reflexionándolo bien, no podía acontecer de modo distinto. El mundo del intelecto admira y acata las creaciones de los ingenios que, ante una masa de materiales desordenados, heterogéneos y poco coherentes, en lugar de deleitarse en tejer elegantes filigranas bizantinas sobre una o cien menudencias, prefieren afrontar en su máxima dificultad la materia disponible, para levantar un edificio construído con las reglas de la arquitectura. De ahí que me duela que a un autor de tal ejecutoria se le sumita, ya muerto en pleno trabajo, no sólo a una revisión más o menos severa, sino a "la piqueta despiadada de una crítica fría y rigurosa" (p. 151).

El doctor Escalada —por suerte— une a su clara inteligencia un noble corazón, y valorará fácilmente el justo matiz de estas observaciones finales, que tienen el objeto de abrirle sin reparo mi durable estima, y pedirle su cooperación a fin de que la juventud se prepare con sencillez y modestia a la renovada ciencia del mañana próximo, y abandone los viejos moldes del sarcasmo polémico y la suficiencia narcisista que, surgidos entre 1900 y 1920 durante les luchas ameghinistas, amenazan eternizarse entre nosotros como formas de la discusión antropológica.

J. IMBELLONI

GATES, R. RUGGLES. - *Pedigrees of negro families.* Philadelphia-Toronto, 1949; 267 págs., 1 lámina en colores.

El conocido genetista británico analiza en este trabajo una numerosa serie de genealogías de familias de color, con o sin inmisión de sangre blanca. Una gran parte del material ha sido reunido por estudiantes, en sus propias familias; la restante por hospitales u otras instituciones; algunas genealogías han sido recopiladas por el autor mismo sobre la base de observaciones personales. Han sido estudiadas principalmente familias de los Estados Unidos, pero se consideran también genealogías de familias de otras naciones de la América central y septentrional.

La índole analítica del trabajo, dedicado más a ilustrar el comportamiento de los caracteres hereditarios que se consideran, que a deducir conclusiones de carácter general, nos hace imposible entrar en detalles acerca de su contenido y nos obliga a conformarnos con una exposición sumaria.

La representación de los árboles genealógicos ha sido hecha con el sistema gráfico convencional que se usa en esta materia, el que permite evidenciar a un tiempo el sexo de los individuos, la presencia o ausencia del carácter estudiado, los hijos legítimos, los matrimonios consanguíneos, los casos de mellizos mono o bivulares, etc. La mayor parte del libro está dedicada al estudio de los caracteres anormales y patológicos. En el capítulo II se analiza la herencia de anomalías de los ojos y del oído. Sería particularmente interesante —a los efectos de la raciología— el estudio de una genealogía donde aparece un posible ojo mongólico, pero el mismo autor no puede excluir que se trate de un caso de epicanto. El capítulo III trata las anomalías de la piel y de los dientes, el IV de las extremidades, el V la herencia de peculiares caracteres anatómicos (microstomia, hipospadia, etc.) y de los partos bigéminos. Los capítulos sucesivos están dedicados a la heredabilidad de caracteres fisiológicos y constitucionales y de condiciones nerviosas normales y anormales, tales como el temperamento violento, la habilidad artística, el zurdismo, la dificultad de palabra, la epilepsia, la esquizofrenia, etc.

Según el autor, el estudio de las genealogías demuestra que muchas anomalías se heredan de la misma manera en la raza blanca y la negra; por otra parte algunos caracteres anómalos se derivan con toda probabilidad de los blancos (miopía). Existen anomalías hereditarias que son peculiares de determinadas razas; por ejemplo la sicklemlia, heredada como factor mendeliano dominante, tiene una muy alta frecuencia en África occidental, aparece con una frecuencia del 7 % entre los negros americanos y se halla en algunas familias de Sicilia e Italia meridional y de otros pueblos mediterráneos. El autor opina que la sicklemlia fué introducida en el Mediterráneo desde África, durante el Imperio Romano, por los esclavos. Según nuestro parecer, vista la distribución de esta anomalía en Italia, habría que considerar también la posibilidad de un trasplante secundario por obra de los pueblos norteafricanos, durante el período de la expansión musulmana.

Los últimos dos capítulos del libro están dedicados al estudio de la herencia de algunos caracteres raciales: estatura, forma de la cabeza (índice cefálico horizontal), color del cutis, del cabello, del iris, forma del pelo, etc. El autor reafirma que los caracteres raciales se heredan en forma polimera y las genealogías que considera parecen sustentar esta tesis.

Este último trabajo del autor de *Human Genetics* tiene más el carácter de un archivo razonado de material de genética humana que el de una obra orgánica; por la abundancia de los datos y su cuidadosa exposición está destinado, sin duda, a quedar por mucho tiempo como una fuente de primer orden para los estudiosos de la genética del hombre.

MARCELO BÓRMIDA

IBARRA GRASSO, Dick y Julio A. - *Historia de la navegación primitiva*; Ed. F. Livelari, Buenos Aires, 1949, 463 pp. y abundantes grabados.

Auspiciada por el Ministerio de Marina de la Nación, acaba de imprimirse en denso y bien ilustrado volumen la obra de los hermanos Ibarra Grasso.

Su propósito es agrupar la dispersa información sobre el tema y examinarla críticamente, perfeccionando o planteando *ex novo* la interpretación de varios hechos. Debo advertir que los autores rechazan la posibilidad de invenciones paralelas en dos o más ámbitos distintos.

Los primeros capítulos han sido dedicados a las llamadas embarcaciones primitivas: las canoas de totora, junco, papiro y otros materiales semejantes, con su extensa distribución geográfica; las embarcaciones de corteza de Australia, América y Siberia; las pelotas, canastos, odres y otras embarcaciones de cuero, y en particular el 'kayak' y el 'umiak' esquimales; las canoas monóxilas de troncos ahuecados, las canoas de tablas, y las balsas y almadías, con sus distintas formas.

Las embarcaciones malayo-polinesias constituyen un desarrollo de las canoas monóxilas y de las embarcaciones de tablas, a las que se agrega el estabilizador o *batanga*, consistente en uno o dos troncos, o en una o dos canoas más pequeñas, sujetas a los costados de la embarcación para darle estabilidad. Los autores sostienen que las canoas dobles y las provistas de *batanga* no han sido introducidas localmente por las agrupaciones malayo-polinesias, sino pertenecen a los pueblos que precedieron a aquéllas en la ocupación de los archipiélagos. La difusión de formas simples de estas embarcaciones en Europa y América llevan a suponer que las formas malayo-polinesias de mayor tamaño, con vela y mástil, sean desarrollos de las primeras.

Según Plinio y otros historiógrafos, la alta navegación del Mediterráneo se originó en el Egipto. Lo cierto es que las tres invenciones náuticas de mayor importancia para la alta navegación, esto es: la vela, el mástil doble y el timón doble, aparecen por primera vez en las pinturas egipcias. Pero los súbditos del Faraón no fueron nunca un pueblo navegante, y por su proximidad geográfica y relaciones comerciales con ese gran centro náutico del Mediterráneo que fué Creta, es probable que hayan recibido y desarrollado la influencia minoica. Según los autores, el Egipto y el Mediterráneo oriental Egeo constituyen "el centro primordial de donde se esparció la invención de la vela en el mundo, y junto con ella fueron el mástil doble y el timón doble". "La zona del Egeo —agregan—, influenciada tempranamente por Egipto, esparció otras invenciones fundamentales, entre las cuales podemos contar las embarcaciones con *batanga*".

En un extenso capítulo dedicado a la navegación en el Mediterráneo se rechaza la suposición de que no hayan existido localmente canoas dobles y balancines. Las primeras fueron usadas por los Romanos, y con ellas se realizó el asalto a Siracusa; además se conservan actualmente en Albania. Los balancines se usan todavía en Grecia y en Holanda.

Las más antiguas embarcaciones del Mediterráneo parecen haber sido monóxilas y de tablas. De estas últimas podrían proceder las embarcaciones cretenses. Por el contrario, han sido muy escasas las embarcaciones dobles y las que disponen de *batanga*, que sólo se hallan en el extremo oriental del Mediterráneo. La alta navegación se desarrolló en una embarcación de espina dorsal (fondo monóxilo) y tablas a los costados. Las primeras naves cretenses eran estrechas y largas, sin timón ni mástil, y manejadas a remo; luego se produce el aditamento del mástil y timón doble. Aquéllas se transforman después en los birremes y los trirremes de guerra, y más tarde en las galeras

de la Edad Media. El segundo tipo da origen a un barco de mayor anchura, a vela, que sirve para el transporte de cargas, y da las formas de los barcos actuales.

Los autores proponen una solución original al problema de la distribución de los remeros en los birremes y trirremes. Suponen que estas embarcaciones se originan en "canoas provistas de cuatro batangas, dos a cada lado, y en cada una de las cuales y a los costados del barco hay una fila de remeros". Cuando estas embarcaciones se hicieron mayores, y alcanzaron alrededor de veinte metros de longitud, se suprimieron las batangas, pero las tres líneas de remeros que daban gran velocidad a la nave no se quitaron, sino "se recogieron sobre las bordas, en forma escalonada, como en los trirremes de Filipinas".

↑ *Ver* *el origen de la navegación en el Norte de Europa; náutica primitiva con sus distintos recursos (rosa de los vientos, brújula, mapas); marinas de la Antigüedad; marinas de la Edad Media, árabe, oceánicas y americanas.*

O. PAULOTTI

KARL BOUDA. - *Baskisch-Kaukasische Etymologien*, Heidelberg, Carl Winter, Universitätsverlag, 1949. 55 páginas en 8º.

El presente trabajo, que es una contribución importantísima al tema de las relaciones entre Vasco y Caucásico, forma —en realidad— una parte de los estudios que el autor acaba de consagrar a este tema. Es lástima que razones editoriales, y sin duda las imposiciones de unas circunstancias difíciles, no hayan permitido al autor brindar todos estos trabajos juntos y en una construcción más cómoda para su estudio y aprovechamiento.

Las relaciones que la presente obra tiene con otra que bajo el título de *Baskisch und Kaukasisch* ha comenzado a publicarse en la revista "*Zeitschrift für Phonetik*" (la primera parte en el vol. II, pp. 182-202, año 1948) son tales, que apenas pueden estudiarse aisladas ambas monografías, tanto que el importantísimo índice alfabético que aparece en la publicación que estamos reseñando se refiere al material de una y otra, y por otra parte quedan fuera de este índice las aportaciones complementarias que cierran el volumen presente, al final de las cuales va una crítica de los paralelos vasco-caucásicos dados por Trombetti en sus *Origini*. En conjunto tenemos no sólo un material valiosísimo para el léxico etimológico del vasco, sino además una contribución extraordinaria para la fonética histórica de la misma lengua. No conociendo el trabajo que se está publicando en la nueva "*Zeitschrift für Phonetik*" nos limitaremos a dar noticia de la monografía publicada por la famosa editorial Carl Winter en su "*Bibliothek der allgemeinen Sprachwissenschaft*", que dirige Hans Krahe, dentro de una serie en que se dan como aparecidos unos *Lakkische Studien* del propio Bouda y una *Aztekische Schriftsprache* de Jakob Schoembs, que señalamos a los americanistas.

El tema de las relaciones vasco-caucásicas, desde los tiempos de Fita y pasando por Schuchardt y Trombetti, ha llegado actualmente a un grado de seguridad científica que antes apenas podía imaginarse. Al lado de Bouda, ha

sido el vascólogo francés René Lafon el que más se ha distinguido en esta etapa de madurez de estos estudios, y a él va dedicada la obra que nos ocupa. A Lafon se deben consideraciones muy importantes sobre las relaciones vasco-caucásicas en el terreno de la morfología verbal y de la derivación; Bouda ha hecho subir a 400 el número de concordancias lexicales entre ambos campos, todo lo cual autoriza a Bouda a formular una tesis de capital importancia: "Es ist klar zu erkennen, dass das Baskische sowohl mit den südkaukasischen als auch mit den nordkaukasischen, d. h. west- und ostkaukasischen Sprachen sehr enge sprachliche Beziehungen hat, so dass man nunmehr berechtigt ist, von der euskaro-kaukasischen Sprachgruppe zu reden" (p. 9). Con esto se opone a la doctrina establecida no hace mucho por Dumézil, según la cual sería con el Caucásico del norte que el vasco tendría una relación más íntima.

En cuanto al problema histórico que la relación lingüística plantea, Bouda se remite todavía al trabajo excelente de Bosch-Gimpera en las *Mitteil. der Anthropol. Ges.* de Viena, que son de 1925. El propio prehistoriador ha vuelto sobre el problema, sin duda con excesivo apego a sus opiniones de hace un cuarto de siglo, en los "Cuadernos de Historia de España" (Univ. de Buenos Aires), IX, pp. 5-93, y una renovación completa del tema ha traído consigo el trabajo de O. Menghín aparecido en el vol. I de RUNA. Los prehistoriadores podrán lograr algún dato sobre la época de la comunidad euskaro-caucásica considerando las coincidencias en el terreno de la economía doméstica que señala Bouda y que son por demás sugestivas; tenemos en estas coincidencias: casa, cabaña, puerta, rincón, cama, seto, escalera y puente, puchero, caldera, espeto, asa de caldero, clavo y llave, punzón, piedra de afilar, saco, hilo, coser, pan, leche, criba, manirse (las aves), (p. 33). Son elementos de una cultura material avanzada, cuya fecha a primera vista favorece las teorías de Menghín, que suponen la introducción de elementos caucásicos en el vasco en relación con la cultura del vaso campaniforme. En el mismo sentido deponen ciertas coincidencias muy significativas en la agricultura y ganadería: trabajo, besana, simiente, rastrillo, hoz, escardar, cosecha, recoge, ganado, pastor, basura, ordeñar, comprar (p. 33 y sus referencias), tienen términos que prueban la época relativamente tardía en que los elementos caucásicos se establecieron en el Occidente. Trabajo útil sería reunir y examinar estas concordancias tal como resultan de ambos estudios de Bouda.

Lo que da mayor valor científico a la conexión establecida por Bouda es no sólo el número de las concordancias observadas, sino las relaciones fonéticas que aseguran tales concordancias y que nos permiten levantar el velo de la historia vasca para momentos muy remotos, anteriores a los más viejos préstamos latinos y aún a los contactos más antiguos con invasores indoeuropeos del Occidente.

Examinemos algunos ejemplos: el fonema vasco *r* y *rr* (de valor igual al correspondiente español) procedería, a través de una sonorización, de primitivas africadas que se mantienen en caucásico: vasc. *bare* 'bazo' corresponde así a georgiano *paça-la* 'bazo', *orr-i* 'hoja' a georg. *purceli*, *e-rre* 'arder' a abkhaz *ca*, *e-r-i* 'enfermo' a caucásico del norte *·ç. De esta manera, suponiendo que la *r* puede proceder de **ts*>*s*, se explican formas vascas como *sagar* 'manzana', *sagasti* 'manzanedo' (cf. núm. 101 a 105 y p. 28).

Bouda concluye (p. 28) que *r* y *rr* son de origen 'ibérico', lo que puede parecer justificado, y sitúa al Vasco en el ambiente occidental, sometido a los mismos cambios que van alterando progresivamente al Celta. Así, en el ejemplo *orri* de los anteriormente alegados se ve la misma pérdida de labial inicial que en Celta, y en algún otro ejemplo se observa también la lenición de la *m* intervocálica, en Vasco igual que en Celta; así se explicaría la correspondencia establecida por Bouda bajo el núm. 98 entre *vasc. beura-gi* 'mucho' y *avárico jemmer, jemera-* 'mucho, muy', con una evolución por cierto semejante a la que oportunamente aduce del armenio Bouda: *aur* 'día' de una forma que hallamos en gr. como *āmerā*.

Los ejemplos que podríamos recoger aquí son numerosos, desde las concordanancias más obvias como *churitu* 'lavar' en *vasc.* y *čurize* 'lavar' en *avárico* (Nº 22), hasta otras que sólo el ingenio y los profundos conocimientos lingüísticos de Bouda pueden hacer perceptibles, así en el paralelo *vasc. arrain* 'pez' y *mingrelio y lásico čχomi* 'idem'; para explicarlo (Nº 106) alega Bouda pérdida de la *χ*, pérdida en la africada de la oclusión, anticipación de una vocal palatal, cambio de la *m* en *n* al quedar en posición final, y la evolución la reconstruye así: **čomi > *šami > *raim *rain > arrain*. Esta historia fonética puede parecer demasiado ingeniosa, pero Bouda sale al paso de las objeciones con paralelos sorprendentes, como *vasc. apbo* 'sapo', *svánico apχw* 'rana' para la pérdida de *χ*, y *georg. kaci*, *mingr. kočī*, para el cambio de vocalismo supuesto.

El presente trabajo de Bouda, en su brevedad, contiene un material enorme e importantísimo, y constituye la aportación más completa hasta ahora para establecer las relaciones vasco-caucásicas. El estudioso que papeleee todo el material aquí contenido, junto con el de la otra monografía *Baskisch und Kaukasisch*, quedará sin duda sorprendido de la abundancia y riqueza de este estudio, y estará en condiciones de sacar de estos hechos de léxico consecuencias importantísimas para la fonética histórica del Vasco y para la cultura primitiva reflejada en la lengua. Por ello merece el autor el aplauso más rendido, y sólo cabría criticar que tan ricos materiales se ofrezcan dispersos y sin los índices completos que requerían. Pero esto lo puede realizar cualquiera, mientras que Bouda se acredita como único en la difícil labor de descubrir hechos que prueban de la manera más concluyente la comunidad euskaro-caucásica.

ANTONIO TOVAR

KEITH, SIR ARTHUR. - *A new theory of human evolution*; "Philosophical Library" editor, New York, 1949; un volumen de 459 págs. \$ 12.

Este nuevo libro de sir Arthur Keith —el cual en su retiro de Downe (Kent) sigue entretejiendo y elaborando nuevos y viejos conceptos y observaciones, a pesar de que actualmente cuenta ochenta y cuatro años de edad, y contaba ochenta y dos en el momento de escribir esta obra— es sumamente claro en su exposición e interesante por sus materiales.

La que en el título es bautizada 'nueva teoría' y en el libro especificada como *the group theory*, siendo a su vez explicada en los capítulos I a XIII,

puede definirse en pocas palabras, diciendo que su carácter dominante consiste en considerar como esencial para el desarrollo de la humanidad su originaria división en una multitud de pequeñas comunidades o sociedades, separadas una de otra, y vivientes en competencia recíproca. De tal premisa surge la necesidad de investigar por un lado los cambios que se siguen en el orden biológico (desarrollo del órgano nervioso, mestización, selección, herencia, etc.) y por el otro los que se originan en el terreno cultural (mentalidad, emocionalidad, raciocinio, sociabilidad, etc.). La "teoría del grupo" postula que cada una de las miles de comunidades que componían la humanidad primitiva estuviese provista de un peculiar conjunto de genes, de tal modo que no hubiese dos grupos perfectamente iguales. De ello procede por una parte la persistencia y maduración de genes en aquellas tribus que durante largo tiempo lograron preservar su 'aislamiento', y por la otra el amplio y activo juego de hibridación propio de las tribus que entraron en contacto y mantienen un intenso connubio recíproco. Estas últimas son las que, por las eventuales exclusiones del gene desfavorable, emprenden el camino de la ascensión progresiva, que el autor designa con el rubro *human evolution*, el mismo que en la antropología de los tiempos románticos solía despertar gran número de asociaciones sentimentales. En especial, en lo que va de la vida mental y social, examina el autor la posesión del territorio tribal (Ensayo IV), la consciencia o espíritu del grupo (V), el patriotismo (VI), la cooperación y su contrario, la competencia (VII), la tendencia mental (VIII), el impulso vengativo (IX), el deseo de primar (X), la necesidad de gobierno (XI), el comando y la lealtad (XII) y el sentido moral (XIII), como factores del mecanismo evolutivo. En lo que concierne a la vida orgánica, estudia sus coeficientes en el aspecto de la hibridación (XV), endogamia, esogamia y monogamia (XVI). Del XVII al XXVI están consagrados directamente al problema de la descendencia, u 'hominación'. Del XXVII al final, el libro trata las etapas avanzadas del devenir humano.

A pesar de su intitulación, y de la promesa que en ella se compendia, no creemos que el valor de esta obra consista en la 'teoría del Grupo', la que, por otra parte, no es nueva, y ha tenido y tiene gran número de partidarios. El principal atractivo del libro consiste, en cambio, en una serie ininterrumpida de observaciones, fórmulas y conceptos que el lector encuentra engastados en casi todas sus páginas. Por ejemplo, la idea que la evolución humana debe haberse desarrollado en un lapso de una brevedad sorprendente. Más exactamente, ha habido dos períodos, de amplitud desigual: A) el *primal period*, de mayor duración, caracterizado por la vida de pequeñas comunidades territoriales y B) el *post-primal* que tuvo comienzo con el descubrimiento de la agricultura.

Otra idea plausible es que una de las mayores causantes del éxito en la lucha de las unidades de competencia recíproca, ha sido la fertilidad: las tribus que pudieron contar con el mayor número y los más sanos representantes, tuvo asegurado el éxito. Siguiendo a Vallois observa el autor la vida relativamente corta de los hombres de la prehistoria: de 38 individuos del grupo chino conocido bajo el nombre de Sinántropo, solamente uno había superado los 50, veintidós habían fallecido entre 40 y 50, y quince en edad menor de los 40 años. De los Neanderthalenses sólo el 5 % superó los 40, mientras el 40 % murió antes del 11º año. Vislumbra la formación de nuevas razas, por mestizaje, especialmente en ambas Américas; aunque no trate a fondo este tema

absolutamente moderno, reconoce que "el estudio de la producción de nuevas razas es infinitamente más importante que la discriminación de las viejas razas, una de otra".

Pero Sir Arthur no se conforma con expresiones vagas, y quiere en todo asunto llegar a formulaciones concretas. He allí que el *primal period* habría perdurado 1.000.000 de años, y el *post-primal* 8.000. Igualmente muéstrase ansioso de fijar el número de las tribus de la antigua Roma, del Ática, de Egipto, etc.; Rusia tendría 4.600, Australia 2.000, Alaska 66, la cuenca del Amazonas 485, y así continuando. A pesar de tales abusos de objetividad, el libro ofrece páginas de interesante lectura, especialmente en la última parte, dedicada a revisar *pêle-mêle* temas tan modernizados como «el nacionalismo y su porvenir», el «nacionalismo de los Sudafricanos», la cuestión judía y el estado de Tell-el-Aviv, los dominios de Inglaterra como cultivo de naciones, las razas de Europa, etc.

Es evidente que Sir Arthur, después de uná larguísima y laboriosa existencia (hace cuarenta años que entró como jefe del Museo en el Real Colegio de Cirujanos de Londres) dedicada a investigaciones concretas, particularmente anatómicas, se toma hoy el lujo de pasearse con gran libertad dentro de paisajes más amplios y generales; lo señala, por ejemplo, el hecho que todos los capítulos de sus últimos libros llevan el nombre de ensayos: *Ensayo, I, II, etc.* En antropología morfológica asimila y elabora los datos más recientes: es, por ejemplo, partidario de que la 'hominación' haya tenido comienzo en el África en el Mioceno, apoyándose en los hallazgos de *Australopithecus*, *Plesianthropus* y *Paranthropus*, de tal modo que no podría reconocerse en su escrito al especialista octogenario, si no fuese por la frecuencia con que, involuntariamente, recae en la vieja historia de los antropoides inmediatos antecesores del hombre, que nos deja de día en día siempre más indiferentes.

J. IMBELLONI

KOPPERS, WILHELM. - *Der Urmensch und sein Weltbild.* Viena, 1949, un tomo de 272 págs.

Guillermo Koppers, profesor de la Universidad de Viena y uno de los más destacados representantes del método histórico-cultural en Etnología; es conocido en el mundo científico americano especialmente por sus investigaciones y trabajos realizados en la Tierra del Fuego, como acompañante de Martín Gusinde.

La materia de esta obra queda dividida en 9 capítulos, de los cuales los 6 primeros (hasta p. 118) son dedicados al origen del hombre, y los restantes a la religión de la cultura más primitiva; de tal manera, la obra puede ser considerada compuesta por dos partes, aunque el autor no las destaque. En la primera parte se subraya que los esquemas de los etnólogos evolucionistas quedan privados de carácter científico por el solo hecho que el punto de partida de sus respectivos autores no se funda en datos concretos, sino tiene por base su peculiar manera de considerar al mundo, o *Weltanschauung*. Por tal falso modo de proceder, los conocidos conceptos evolucionistas —que

empiezan por el origen animal del hombre y terminan con las altas civilizaciones— resultaron puras fantasías.

Ocupándose de las formas de religión propias de la más baja cultura, el autor se refiere a los sobrevivientes pueblos primitivos de la India y a los Yámana de la Tierra del Fuego. Entre los primeros, Koppers da preferencia a los Bhil, que fueron objeto de sus estudios durante la expedición realizada en los años 1938 a 1939. Los que ya poseían *Die Bhil in Zentralindien*, Viena, 1948, 354 págs. y *Geheimnisse des Dschungels*, Lucerna, 1947, 256 págs. de nuestro autor, tienen ahora en las veinte páginas dedicadas a los Bhil un breve, aunque substancioso resumen, acerca de las creencias de este pueblo. Llama la atención el concepto de los Bhil acerca de la creación del mundo: "En el principio existía Bhagwàn (=Ser Supremo de los Bhil) solo... En la casa de Bhagwàn reinaba felicidad eterna... La tierra no tiene ni padre ni madre. En cuanto se habla de ellos, entonces, se trata exclusivamente de Bhagwàn (p. 129). El formó el mundo y creó a las demás divinidades subordinadas a él". Pero, como ellas se habían dejado engañar por el "espíritu malo", Bhagwàn las echó del cielo... Al fin Bhagwàn creó al hombre. El autor acentúa que tales conceptos nada tienen que ver con la preexistencia de una Materia, y por el contrario nos dan a entender que se trata de la idea de *creatio ex nihilo sui et subjecti* (p. 130). Todo esto se lee con igual interés como la parte sacada del manuscrito del P. Schebesta acerca de la creación, el paraíso y la caída reconstruidos en base a los mitos de los Bambuti (Pigmeos africanos). En ese manuscrito (que leemos ahora por primera vez), se refiere que la más grande catástrofe de la humanidad consistió en el alejamiento de Dios (Veggang) de la familia humana, el que ocurrió como consecuencia de la caída del hombre.

Después de haber tratado la religión de los Chenchu (Dekán) y la idea de Dios en las demás religiones de la India, el autor se refiere a la fe de los Yámana en Watauinéwa (=Ser Supremo), para dar término a este capítulo VII (pp. 119-230) con la recapitulación sumaria del monoteísmo de los pueblos más primitivos en general, de acuerdo con la síntesis expuesta en la conocida obra sobre el origen de la idea de Dios, de W. Schmidt. A pesar de que el problema fueguino ha sido sobradamente tratado en miles de páginas, siempre nos resulta grato ahondar el contenido de las nuevas obras que se refieren a este tema. Prescindiendo de los demás puntos igualmente interesantes, nos referimos a los "diálogos" de los Yámana con Watauinéwa, tan dignos de una seria meditación en esta época nuestra demasiado prosaica. Nos llama la atención especialmente el diálogo de la mujer Yámana rogando a Watauinéwa que use misericordia para con su esposo "por haber cazado más de lo necesario". Los animales y los demás bienes terrenos creados por Watauinéwa han sido dados a los hombres para que se sirvieran de ellos, pero sola y exclusivamente en cuanto les fuera "necesario" (el pan cotidiano). Esta idea es también presente y operante en los demás pueblos primitivos (p. 203). Un argumento palpable lo tenemos en la costumbre de los sacrificios de primicias.

Los conceptos de los Yámana acerca de Watauinéwa son verdaderamente elevados, de tal manera que uno podría considerarlos resultado del contacto de los primitivos con los europeos, en modo especial con los misioneros. Pero un análisis más sólido nos revela que en la religión de los Yámana falta lo

absolutamente moderno, reconoce que "el estudio de la producción de nuevas razas es infinitamente más importante que la discriminación de las viejas razas, una de otra".

Pero Sir Arthur no se conforma con expresiones vagas, y quiere en todo asunto llegar a formulaciones concretas. He allí que el *primal period* habría perdurado 1.000.000 de años, y el *post-primal* 8.000. Igualmente muéstrase ansioso de fijar el número de las tribus de la antigua Roma, del Ática, de Egipto, etc.; Rusia tendría 4.600, Australia 2.000, Alaska 66, la cuenca del Amazonas 485, y así continuando. A pesar de tales abusos de objetividad, el libro ofrece páginas de interesante lectura, especialmente en la última parte, dedicada a revisar *pêle-mêle* temas tan modernizados como «el nacionalismo y su porvenir», el «nacionalismo de los Sudafricanos», la cuestión judía y el estado de Tell-el-Aviv, los dominios de Inglaterra como cultivo de naciones, las razas de Europa, etc.

Es evidente que Sir Arthur, después de uná larguísima y laboriosa existencia (hace cuarenta años que entró como jefe del Museo en el Real Colegio de Cirujanos de Londres) dedicada a investigaciones concretas, particularmente anatómicas, se toma hoy el lujo de pasearse con gran libertad dentro de paisajes más amplios y generales; lo señala, por ejemplo, el hecho que todos los capítulos de sus últimos libros llevan el nombre de ensayos: *Ensayo, I, II, etc.* En antropología morfológica asimila y elabora los datos más recientes: es, por ejemplo, partidario de que la 'hominación' haya tenido comienzo en el África en el Mioceno, apoyándose en los hallazgos de *Australopithecus*, *Plesianthropus* y *Paranthropus*, de tal modo que no podría reconocerse en su escrito al especialista octogenario, si no fuese por la frecuencia con que, involuntariamente, recae en la vieja historia de los antropoides inmediatos antecesores del hombre, que nos deja de día en día siempre más indiferentes.

J. IMBELLONI

KOPPERS, WILHELM. - *Der Urmensch und sein Weltbild.* Viena, 1949, un tomo de 272 págs.

Guillermo Koppers, profesor de la Universidad de Viena y uno de los más destacados representantes del método histórico-cultural en Etnología, es conocido en el mundo científico americano especialmente por sus investigaciones y trabajos realizados en la Tierra del Fuego, como acompañante de Martín Gusinde.

La materia de esta obra queda dividida en 9 capítulos, de los cuales los 6 primeros (hasta p. 118) son dedicados al origen del hombre, y los restantes a la religión de la cultura más primitiva; de tal manera, la obra puede ser considerada compuesta por dos partes, aunque el autor no las destaque. En la primera parte se subraya que los esquemas de los etnólogos evolucionistas quedan privados de carácter científico por el solo hecho que el punto de partida de sus respectivos autores no se funda en datos concretos, sino tiene por base su peculiar manera de considerar al mundo, o *Weltanschauung*. Por tal falso modo de proceder, los conocidos conceptos evolucionistas —que

empiezan por el origen animal del hombre y terminan con las altas civilizaciones— resultaron puras fantasías.

Ocupándose de las formas de religión propias de la más baja cultura, el autor se refiere a los sobrevivientes pueblos primitivos de la India y a los Yámana de la Tierra del Fuego. Entre los primeros, Koppers da preferencia a los Bhil, que fueron objeto de sus estudios durante la expedición realizada en los años 1938 a 1939. Los que ya poseían *Die Bhil in Zentralindien*, Viena, 1948, 354 págs. y *Geheimnisse des Dschungels*, Lucerna, 1947, 256 págs. de nuestro autor, tienen ahora en las veinte páginas dedicadas a los Bhil un breve, aunque substancioso resumen, acerca de las creencias de este pueblo. Llama la atención el concepto de los Bhil acerca de la creación del mundo: “En el principio existía Bhagwàn (=Ser Supremo de los Bhil) solo... En la casa de Bhagwàn reinaba felicidad eterna... La tierra no tiene ni padre ni madre. En cuanto se habla de ellos, entonces, se trata exclusivamente de Bhagwàn (p. 129). El formó el mundo y creó a las demás divinidades subordinadas a él”. Pero, como ellas se habían dejado engañar por el “espíritu malo”, Bhagwàn las echó del cielo... Al fin Bhagwàn creó al hombre. El autor acentúa que tales conceptos nada tienen que ver con la preexistencia de una Materia, y por el contrario nos dan a entender que se trata de la idea de *creatio ex nihilo sui et subjecti* (p. 130). Todo esto se lee con igual interés como la parte sacada del manuscrito del P. Schebesta acerca de la creación, el paraíso y la caída reconstruidos en base a los mitos de los Bambuti (Pigmeos africanos). En ese manuscrito (que leemos ahora por primera vez) se refiere que la más grande catástrofe de la humanidad consistió en el alejamiento de Dios (Veggang) de la familia humana, el que ocurrió como consecuencia de la caída del hombre.

Después de haber tratado la religión de los Chenchu (Dekán) y la idea de Dios en las demás religiones de la India, el autor se refiere a la fe de los Yámana en Watauinéwa (=Ser Supremo), para dar término a este capítulo VII (pp. 119-230) con la recapitulación sumaria del monoteísmo de los pueblos más primitivos en general, de acuerdo con la síntesis expuesta en la conocida obra sobre el origen de la idea de Dios, de W. Schmidt. A pesar de que el problema fueguino ha sido sobradamente tratado en miles de páginas, siempre nos resulta grato ahondar el contenido de las nuevas obras que se refieren a este tema. Prescindiendo de los demás puntos igualmente interesantes, nos referimos a los “diálogos” de los Yámana con Watauinéwa, tan dignos de una seria meditación en esta época nuestra demasiado prosaica. Nos llama la atención especialmente el diálogo de la mujer Yámana rogando a Watauinéwa que use misericordia para con su esposo “por haber cazado más de lo necesario”. Los animales y los demás bienes terrenos creados por Watauinéwa han sido dados a los hombres para que se sirvieran de ellos, pero sola y exclusivamente en cuanto les fuera “necesario” (el pan cotidiano). Esta idea es también presente y operante en los demás pueblos primitivos (p. 203). Un argumento palpable lo tenemos en la costumbre de los sacrificios de primicias.

Los conceptos de los Yámana acerca de Watauinéwa son verdaderamente elevados, de tal manera que uno podría considerarlos resultado del contacto de los primitivos con los europeos, en modo especial con los misioneros. Pero un análisis más sólido nos revela que en la religión de los Yámana falta lo

específicamente cristiano, porque nada refieren acerca de Cristo y les falta todo concepto cristiano acerca del Dios-creador. Los Yámana profesan que Watauinéwa tiene sumo dominio sobre todos los bienes, pero no dicen cual fué el modo de proceder de la creación. Ellos no niegan la creación *ex nihilo*, pero declaran que de sus antepasados no habían oído hablar acerca de eso. Igualmente carecen del concepto cristiano acerca de la vida perdurable. Creen que el alma vive, aun después de la muerte del cuerpo, pero tal vida no saben ubicarla; por eso la muerte de la persona querida los hace tan desesperadamente tristes. Su Watauinéwa castiga a los malos (la muerte es uno de los más grandes castigos) pero los Yámana no hablan del premio y del castigo en el sentido cristiano. Vale decir que la *Weltanschauung* de los Yámana es propiamente suya. Estos "buenos hijos de la Naturaleza", como suele llamar a los Fueguinos su mejor conocedor, Martín Gusinde, por su modo realmente humano de considerar todos los bienes creados como medios, nunca como fines de una vida digna del hombre, podrían ser tema de un serio ensayo que nos ayudaría ciertamente en la tarea de trazar los caminos por los cuales tendría que marchar la humanidad de hoy. Esta es también la idea de nuestro autor, expresada en las últimas páginas del texto (pp. 241-242) refiriéndose a la cultura primitiva como "descubrimiento del siglo XX".

MATEO LUKETA

KOPPERS, WILHELM. - *Die Bhil in Zentralindien*, en "Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik", T. VII, Wien, 1948.

El conocido etnólogo e investigador alemán Doctor Wilhelm Koppers integra la renombrada Escuela de Viena, cuya cabeza es el ya octogenario P. Wilhelm Schmidt, sabio ilustre a quien el autor dedica este estudio realizado entre los Bhil de la India Central durante los años de 1938 y 1939. Koppers contó, en la investigación, con la apreciable ayuda del misionero holandés Leonhard Jungblut, conocedor de las condiciones de la región y de la lengua. El estudio efectuado no es tan sólo descriptivo de los materiales encontrados, sino también analítico y comparativo. Comienza el autor por fijar la región habitada actualmente por el pueblo Bhil y otra más extensa que fuera su patria primitiva. En seguida reúne las piezas bibliográficas referentes a los Bhil y las analiza críticamente. Enfoca el problema lingüístico y el antropológico. Con referencia a este último manifiesta haber efectuado mediciones antropométricas, habiéndole sido de gran ayuda la presencia en la India del médico vienés Doctor V. Gorlitzer; confía en que oportunamente el material recogido pueda ser utilizado científicamente en el Instituto de Antropología de la Universidad de Viena. Pasa luego a la Economía y a la Ergología. Ocupándose de la misma en detalle, describe en sucesivos capítulos las distintas formas y tipos de la vestimenta, el adorno, etc., y los instrumentos musicales. En el capítulo sobre la Sociología, hace un estudio comparativo y descriptivo a la vez, basándose especialmente en sus propias investigaciones: realiza un análisis detallado de sus fiestas y reuniones, señala luego en especial las medidas que toman contra la enfermedad y la muerte y describe el arte de curar; analiza con detención las

creencias de orden mágico, en especial la conjuración de enfermedades, las costumbres fúnebres y las grandes ceremonias conexas con la muerte. A continuación investiga la naturaleza de sus divinidades, dioses y diosas, la creencia en almas y espíritus, las supersticiones, para finalizar el capítulo con los animales, ríos y plantas considerados por los Bhil con cierto carácter totémico. Finaliza la obra con una serie de canciones relacionadas con sus costumbres, religión y supersticiones, y es de notar que en todas ellas el texto original está acompañado por una traducción en alemán efectuada por el autor.

El trabajo se completa con muchos dibujos del mismo Koppers, además de fotografías y un buen registro de autores, nombres y cosas. Indudablemente la investigación efectuada por Koppers es de gran valor y representa un apreciable aporte al estudio de los Bhil, pero, como el mismo autor lo declara en palabras iniciales, no pretende ser un análisis exhaustivo, sino simplemente una presentación sistemática de las investigaciones realizadas.

CARLOS GUILLERMO MAIER

LAUER, J. P. - *Le problème des pyramides d'Egypte; traditions et légendes, exploration, description, théories, science et croyances des constructeurs*; en la "Bibliothèque historique" de Payot, París 1948; 229 págs., 49 grabados en el texto y 16 láminas.

Característica de nuestros tiempos más recientes es la facilidad editorial con que las ideas fantásticas, o infantiles, o simplemente tontas, disponen de propaganda, en cientos de miles de ejemplares, mientras no hay papel ni linotype para muchas grandes revistas científicas de preguerra. Consideramos por ello una ventura excepcional el hecho que podamos ver publicado, y tener en nuestras manos, un volumen como éste de J. P. Lauer, cuya densa información y juicio prudente nos infunden el placer de respirar con amplios pulmones una atmósfera de seguridad.

En torno a las pirámides de Egipto, y en especial a las de Guizeh, más agudamente a la de Kheops, llamada también la Gran Pirámide, se había condensado desde más de cien años un halo nebuloso que siempre más intensamente venía impidiendo que nos formáramos un juicio claro y certero. J. P. Lauer empieza por delinear con mano segura la doble historia de las pirámides: la sucesión de las noticias y fábulas por una parte, y la progresión explorativa por la otra, sin cercenar noticia alguna de carácter arquitectónico, como ser: materiales, trazos, dimensiones, etc. Haciendo caso omiso de los viajeros del Islam, los cuales narraron la historia de las pirámides con el mismo estilo de las novelas orientales, cuyo tipo el Occidente conoce por medio de *Las mil y una noches*, y de los pocos descriptores europeos del Renacimiento y la Edad Moderna, puede decirse que ya en la magna obra que la egiptología debe a los redescubridores napoleónicos de la anticuaria egipcia, aparece el germen de los errores futuros, y precisamente en el capítulo complementario de la famosa *Description de l'Egypte* que lleva la firma de Jomard. Fué justamente Jomard el que insinúa por primera vez —en el alba del siglo XIX— que las pirámides no son tumbas, y que su

específicamente cristiano, porque nada refieren acerca de Cristo y les falta todo concepto cristiano acerca del Dios-creador. Los Yámana profesan que Watauinéwa tiene sumo dominio sobre todos los bienes, pero no dicen cual fué el modo de proceder de la creación. Ellos no niegan la creación *ex nihilo*, pero declaran que de sus antepasados no habían oído hablar acerca de eso. Igualmente carecen del concepto cristiano acerca de la vida perdurable. Creen que el alma vive, aun después de la muerte del cuerpo, pero tal vida no saben ubicarla; por eso la muerte de la persona querida los hace tan desesperadamente tristes. Su Watauinéwa castiga a los malos (la muerte es uno de los más grandes castigos) pero los Yámana no hablan del premio y del castigo en el sentido cristiano. Vale decir que la *Weltanschauung* de los Yámana es propiamente suya. Estos "buenos hijos de la Naturaleza", como suele llamar a los Fueguinos su mejor conocedor, Martín Gusinde, por su modo realmente humano de considerar todos los bienes creados como medios, nunca como fines de una vida digna del hombre, podrían ser tema de un serio ensayo que nos ayudaría ciertamente en la tarea de trazar los caminos por los cuales tendría que marchar la humanidad de hoy. Esta es también la idea de nuestro autor, expresada en las últimas páginas del texto (pp. 241-242) refiriéndose a la cultura primitiva como "descubrimiento del siglo XX".

MATEO LUKETA

KOPPERS, WILHELM. - *Die Bhil in Zentralindien*, en "Wiener Beiträge zur Kulturgeschichte und Linguistik", T. VII, Wien, 1948.

El conocido etnólogo e investigador alemán Doctor Wilhelm Koppers integra la renombrada Escuela de Viena, cuya cabeza es el ya octogenario P. Wilhelm Schmidt, sabio ilustre a quien el autor dedica este estudio realizado entre los Bhil de la India Central durante los años de 1938 y 1939. Koppers contó, en la investigación, con la apreciable ayuda del misionero holandés Leonhard Jungblut, conocedor de las condiciones de la región y de la lengua. El estudio efectuado no es tan sólo descriptivo de los materiales encontrados, sino también analítico y comparativo. Comienza el autor por fijar la región habitada actualmente por el pueblo Bhil y otra más extensa que fuera su patria primitiva. En seguida reúne las piezas bibliográficas referentes a los Bhil y las analiza críticamente. Enfoca el problema lingüístico y el antropológico. Con referencia a este último manifiesta haber efectuado mediciones antropométricas, habiéndole sido de gran ayuda la presencia en la India del médico vienés Doctor V. Gorlitzer; confía en que oportunamente el material recogido pueda ser utilizado científicamente en el Instituto de Antropología de la Universidad de Viena. Pasa luego a la Economía y a la Ergología. Ocupándose de la misma en detalle, describe en sucesivos capítulos las distintas formas y tipos de la vestimenta, el adorno, etc., y los instrumentos musicales. En el capítulo sobre la Sociología, hace un estudio comparativo y descriptivo a la vez, basándose especialmente en sus propias investigaciones: realiza un análisis detallado de sus fiestas y reuniones, señala luego en especial las medidas que toman contra la enfermedad y la muerte y describe el arte de curar; analiza con detención las

creencias de orden mágico, en especial la conjuración de enfermedades, las costumbres fúnebres y las grandes ceremonias conexas con la muerte. A continuación investiga la naturaleza de sus divinidades, dioses y diosas, la creencia en almas y espíritus, las supersticiones, para finalizar el capítulo con los animales, ríos y plantas considerados por los Bhil con cierto carácter totémico. Finaliza la obra con una serie de canciones relacionadas con sus costumbres, religión y supersticiones, y es de notar que en todas ellas el texto original está acompañado por una traducción en alemán efectuada por el autor.

El trabajo se completa con muchos dibujos del mismo Koppers, además de fotografías y un buen registro de autores, nombres y cosas. Indudablemente la investigación efectuada por Koppers es de gran valor y representa un apreciable aporte al estudio de los Bhil, pero, como el mismo autor lo declara en palabras iniciales, no pretende ser un análisis exhaustivo, sino simplemente una presentación sistemática de las investigaciones realizadas.

CARLOS GUILLERMO MAIER

LAUER, J. P. - *Le problème des pyramides d'Égypte; traditions et légendes, exploration, description, théories, science et croyances des constructeurs*; en la "Bibliothèque historique" de Payot, París 1948; 229 págs., 49 grabados en el texto y 16 láminas.

Característica de nuestros tiempos más recientes es la facilidad editorial con que las ideas fantásticas, o infantiles, o simplemente tontas, disponen de propaganda, en cientos de miles de ejemplares, mientras no hay papel ni linotype para muchas grandes revistas científicas de preguerra. Consideramos por ello una ventura excepcional el hecho que podamos ver publicado, y tener en nuestras manos, un volumen como éste de J. P. Lauer, cuya densa información y juicio prudente nos infunden el placer de respirar con amplios pulmones una atmósfera de seguridad.

En torno a las pirámides de Egipto, y en especial a las de Guizeh, más agudamente a la de Kheops, llamada también la Gran Pirámide, se había condensado desde más de cien años un halo nebuloso que siempre más intensamente venía impidiendo que nos formáramos un juicio claro y certero. J. P. Lauer empieza por delinear con mano segura la doble historia de las pirámides: la sucesión de las noticias y fábulas por una parte, y la progresión explorativa por la otra, sin cercenar noticia alguna de carácter arquitectónico, como ser: materiales, trazos, dimensiones, etc. Haciendo caso omiso de los viajeros del Islam, los cuales narraron la historia de las pirámides con el mismo estilo de las novelas orientales, cuyo tipo el Occidente conoce por medio de *Las mil y una noches*, y de los pocos descriptores europeos del Renacimiento y la Edad Moderna, puede decirse que ya en la magna obra que la egiptología debe a los redescubridores napoleónicos de la anticuaría egipcia, aparece el germen de los errores futuros, y precisamente en el capítulo complementario de la famosa *Description de l'Égypte* que lleva la firma de Jomard. Fué justamente Jomard el que insinúa por primera vez —en el alba del siglo XIX— que las pirámides no son tumbas, y que su

construcción fué concebida a guisa de sinopsis de la ciencia secreta de los sabios y sacerdotes del Egipto; dos afirmaciones, aparentemente inocuas, que formarían con el tiempo la base de una frondosa literatura cuyas especulaciones han venido llenando la anticuaria egipcia de un tejido neoplástico sumamente dañino. Vemos así que, mientras por un lado se inaugura —a partir de 1801— el complicado y riguroso trabajo del explorador y el arquitecto, con la excavación y relevamiento de las pirámides, por obra de investigadores de todas las naciones, desde Coutelle, Le Père, Caviglia y Belzoni hasta Lepsius, Borchardt, Maspéro, Flienders Petrie, Hölscher, Jéquier, etc., que con su actividad cubren por entero el siglo XIX y la primera mitad del XX, se establece por el otro lado una cadena no menos ininterrumpida de autores que o no conocen directamente los monumentos y se fían de longitudes y ángulos más o menos imperfectamente medidos por los anteriores, o, si realizan una visita a las principales regiones del Egipto histórico, lo hacen con la confesada intención de justificar las afirmaciones e interpretaciones que traen consigo ya formuladas o publicadas, del mismo modo que todo viajero trae consigo las valijas. El ejemplo más característico de este género de viajeros es el del astrónomo escocés Charles Piazzi Smyth, quien viajó a Egipto en 1865, movido por la finalidad de confirmar las especulaciones sobre la naturaleza, el destino y los secretos de la Gran Pirámide que ya había divulgado en 1864 en su libro por todos conocido.

De las obras de Piazzi Smyth (1864 y 1867) precedidas a su vez por la de John Taylor (1859) se desprende la corriente torrentosa de los escritores que han pretendido resolver el 'secreto de las pirámides', corriente que, naturalmente, comenzó por afirmar la existencia de tal misterio y predicarlo a los cuatro vientos con pasión de verdadero apostolado. Todo ello se levanta sobre dos premisas: 1) que las pirámides no fueron sepulcros, y 2) que los conocimientos de los constructores, tales como se comprueban mediante el análisis de sus dimensiones lineales y angulares, superan las posibilidades normales del pueblo egipcio y contienen los elementos de la revelación divina o de una sabiduría esotérica. El autor de este libro clasifica tales desvaríos en dos grandes grupos: *teorías místicas* y *teorías pseudocientíficas*. El primer grupo a su vez se subdivide en *teorías bíblicas* (G. Tylor, Morton Edgar, Davidson, G. Barbarin, Coronel Garnier, W. Wynn) y *teorías teosóficas* (Marsham Adams, G. Barbarin, J. Ralston Skinner, E. Schuré, Mme. Blavatsky, R. Foretich). El segundo grupo en *teorías astronómicas* (Jomard, Pochan, Abate Moreux, R. A. Proctor, D. Macnaughton, Cotsworth) y *matemáticas* (Roerber, Jarolimek, Max Eyth, H. Reikes, F. Noetling, G. de Manteyer). De todas ellas el autor desmenuza el contenido y las argumentaciones ante la vista del lector, con la serenidad de quien, por conocer a fondo los abusos lógicos y las inexactitudes de hecho que las caracterizan, no necesita esfuerzo para mostrar el lado flaco de cada una. Es natural que el nombre de Piazzi Smyth aparezca tanto en el subgrupo bíblico, como en el matemático y el astronómico; bien sabemos que en sus páginas por primera vez fueron presentadas a la curiosidad pública las semillas que provocarían tales desarrollos, envueltas en una demostración de aspecto científico, capaz de engañar al profano.

Las resonancias no fueron escasas en Sudamérica, y en tiempos más recientes recrudecieron a través de Carlos F. de Paula en Brasil, y el abate Moreux, cuyos artículos aparecieron frecuentemente en cotidianos argentinos. Personalmente

recuerdo la insistencia, no menos desesperada que cómica, de un intelectual de Tucumán, quien ha unos 20 años buscaba afanosamente en las bibliotecas de Buenos Aires el libro de Piazzzi Smyth. Ciertamente mayor, sin embargo, ha sido en los escritores sudamericanos la influencia ejercida por el afán de misterio que constituía el fondo de aquella corriente. Por analogía con la literatura fantástica de las pirámides, se ha desarrollado en Bolivia y Argentina la interpretación de los 'misterios' de Tiahuanaco, vieja historia que tuvo comienzo en 1850 y después de culminar con los escritos de Posnansky, no está aún terminada. También en esta aventura ha tenido gran peso la palabra de los astrónomos. Lockyer ha sido un hombre fatal no sólo en la arqueología egipcia, sino también en la americana; véase el empleo que hacen de su autoridad Zelia Nuttal y Posnansky. Permítame el arquitecto Lauer que recuerde mi modesto aporte, durante un cuarto de siglo, al desmantelamiento de la pseudo-astronomía y pseudo-matemática que mantenía en pie el absurdo de la antigüedad del Titicaca valuada en 13.000 años (ver mi libro *La Esfinge Indiana*, Bs. As., 1926).

¡Qué perfecta analogía entre el misterio de Guizeh y el de Tiahuanaco! Allá como aquí, la falsa idea que el eje polar de la tierra sufriese una torsión, la que justificaría el error en la orientación de los edificios (véase en la lámina I de la *Esfinge Indiana* la serie de las pirámides egipcias con el azimut respectivo). En Egipto como en el Titicaca, un aparato geométrico-astronómico a base de dimensiones, ángulos y combinaciones capaces de producir la coincidencia con cifras y relaciones de la física terrestre. En ambos lugares, la persuasión de que líneas, caras y bisectrices de los monumentos tuviesen la misión de servir al labriego del Nilo y del Altiplano como cuadrantes solares indicadores de la llegada del verano y de la época de cosechar. En Tiahuanaco dichas operaciones métricas se desarrollan en una sola construcción, que es el Kalasasaya, sin tener en cuenta la orientación, ni las dimensiones de los otros edificios del mismo campo arqueológico (ver *Esfinge Indiana*, pág. 61) y en Egipto, del mismo modo, la cábala se aplica únicamente a la pirámide de Kheops o Gran Pirámide, haciendo caso omiso de todas las demás del mismo grupo de Guizeh, y con mayor razón de los grupos pertenecientes a la V, a la VI, VIII y XIII dinastías.

El libro del arquitecto J. P. Lauer, quien ha tomado parte en los trabajos arqueológicos de casi todos los grupos de pirámides, no se limita al rechazo de las teorías enfermizas que alimentan la 'literatura del misterio', sino examina los puntos principales que les dieron base, entre ellos la falsa *pulgada piramidal* y el *cúbite piramidal* de Piazzzi Smyth y Moreux, y los errores de cálculos del primero, quien operó en base a las cifras de un viejo relevamiento, hoy corregido. Lauer dedica sus capítulos finales a la correcta determinación de los conocimientos que fueron propios de los constructores de las pirámides, y discute con serenidad y dominio el sentido en que puede hablarse de su conocimiento del π y del Φ . En definitiva, aconsejamos a los lectores de RUNA esta obra de J. P. Lauer, que el ilustre director general del servicio de antigüedades del Egipto, Etienne Drioton, ha definido exactamente, diciendo: "He aquí un libro necesario, y al mismo tiempo un excelente libro".

J. IMBELLONI

LINDBLOM, Gerhard. - *The One-Leg Resting Position (Nilotenstellung), in Africa and Elsewhere*. Statens Etnografiska Museum; Smärre Meddelanden N^o 22, Estocolmo, 1949. 34 pp., 1 mapa, 15 ilus.

El distinguido director del Statens Etnografiska Museum de Estocolmo y conocido africanista Dr. Gerhard Lindblom reúne en este trabajo los datos sobre los pueblos en los que rige la costumbre de la "actitud de los Nilotes" o *Nilotenstellung*. Se trata de la posición de descanso sobre un pie; el otro es colocado contra la rodilla del primero o a veces arriba o debajo de ella. Generalmente, pero no siempre, una lanza o bastón es empleado como apoyo. Su nombre, aceptado en la literatura etnográfica —especialmente por autores alemanes— de "posición Nilota" se debe al haber sido notada esta costumbre por primera vez entre los Nilotes del Nilo Blanco.

Está en uso casi exclusivamente entre los hombres, y el único caso de mujeres que cita el autor, es de las Kaik Dinka africanas. Un mapa de distribución demuestra que la mayoría de los 61 pueblos africanos citados viven en la parte oriental del continente, con Rhodesia como frontera Sud. Parece que en algunos casos haya ciertas relaciones rituales ligadas a esta extraña costumbre, como por ejemplo entre los Shona de Korekore; pues cuando muere el jefe de la tribu, su sucesor se coloca en esta posición durante toda una mañana, envuelto en el humo de la pila funeraria del difunto. Baumann señala que los muchachos Bayaka cantan al sol naciente en esta posición durante los ritos de iniciación.

Se dispone también de datos procedentes de Europa, Asia y Oceanía. Von Eickstedt menciona que ocurre "especialmente entre los pueblos pastores del ciclo racial negride, por ejemplo entre los Sudanides, Palinegrides, Kolides, etc.", Koppers menciona los Bhilala y los Bhil; además existe entre los Vedda y Naga. En Europa aparece entre los gitanos, que forman, por supuesto, un elemento extra-europeo desde el punto de vista racial; además en la China, entre los Toradja de Celebes, los Papua de Nueva Guinea y los Mangula de Australia.

El autor llama la atención sobre el hecho de que no existe ninguna monografía sobre la difusión de esta costumbre en la América meridional y enumera solamente los pueblos sobre los cuales el material fotográfico a su disposición sirve de guía. Son los siguientes: Chimila (Bolinder); Savajé (Krause); Chocó (Wassén); Sirionó (Rydén); Huari (Nordenskiöld); Ashluslay (Nordenskiöld); Lengua (von Becker); Cainguá (De la Hitte y Ten Kate). Corresponde agregar la mención de la monografía de E. Palavecino sobre la tribu chaqueña de los Pilagá. Es probable que una revisión detenida del material ilustrativo, especialmente de Amazonia, produciría un caudal mucho mayor de datos sobre la dispersión de la *Nilotenstellung* en nuestro continente.

W. A. RUYSCH

MARCOZZI, Vittorio. - *Metopismo e caratteri infantili*. Extracto de: "Istituto di Antropologia dell'Università di Padova. - Ricerche di Morfologia", vol. XXII, Roma, 1947, 51 pp.

En este trabajo el autor se propone principalmente investigar las relaciones que existen entre el metopismo y los caracteres infantiles del cráneo. El material utilizado en el estudio de Marcozzi es un conjunto de 1189 cráneos (78 metópicos) de italianos modernos, conservados en el Instituto de Antropología de la Universidad de Padua. En esta serie, que procede de casi todo el territorio de la Península, el autor distingue tres grupos que corresponden *grosso modo* a tres diferentes regiones: cráneos septentrionales, cráneos centro-meridionales y cráneos sardos.

El trabajo está constituido por dos partes: la primera, craneoscópica, trata de las relaciones entre el metopismo y los caracteres morfológicos del cráneo; la segunda parte, métrica, estudia las relaciones entre los caracteres métricos y el metopismo.

En la primera parte el autor toma en consideración la forma del cráneo en la *norma verticalis*, la forma del hueso frontal y de los parietales, la conformación de la porción inferior de la *apertura piriformis* y el recorrido de la espina nasal anterior y estudia la relación que pasa entre dichos caracteres. Con respecto a la clasificación de las formas craneanas el autor se basa en la de Frassetto, pero considerando dos grupos en vez de tres; incluye en el término "no adultos" las formas fetales e infantiles del mencionado autor (*euripentagonoides*, *stenopentagonoides*, *sphenoides* y *ooides*) y considera por separado solamente las formas adultas (*sphaeroides* y *ellipsoides*). Los principios de Frassetto han sido utilizados también en la clasificación de las formas del frontal y del parietal, incluyendo en la categoría "no adultos" las formas fetales e infantiles de este autor. En lo referente a la conformación de la porción inferior de la abertura piriforme nuestro autor, sobre la base de la clasificación de Mingazzini, considera las formas *infantil*, *intermedia*, *antropina*, *fossae praenasales* y *clivus naso-alveolaris*. Con relación a la figura del contorno de la abertura piriforme, considera infantiles a las formas *triangular* y *trapezoidal* y adultas a las demás (*cordiforme*, *ovoidal*, *fusiforme*). En la parte métrica el autor estudia las medidas e índices más importantes propios del cráneo neural y facial y, además, algunos índices cruzados del cráneo total (el índice cráneo-facial transverso, el cráneo-facial vertical y el yugo-frontal máximo).

La finalidad perseguida por Marcozzi es determinar si existen diferencias, con respecto a la frecuencia de los caracteres morfológicos y métricos estudiados, entre los cráneos metópicos y los no-metópicos, especialmente en el sentido de una mayor o menor infantilidad; en otros términos, intenta averiguar si el metopismo está ligado preferentemente, y en qué grado, a los caracteres infantiles o con ellos conexos.

La frecuencia del metopismo en la serie estudiada es de 6,56 %, siendo mínima (4,76 %) en los cráneos del Norte de Italia, prevalentemente braquioides, y máxima (8,64 %) en los centro-meridionales, donde predominan las formas dolicoideas. Pero, a pesar de este hecho, los cráneos metópicos de todos los grupos son más frecuentemente braquicéfalos que los no-metópicos; este

hecho hace concluir al autor que "parece que el metopismo traiga consigo un aumento de la braquicefalia, pero no a la inversa".

Anotemos algunos de los resultados más notables de la parte morfológica del trabajo. En comparación con los no-metópicos, los cráneos metópicos presentan una frecuencia de las formas craneanas no adultas algo superior. Por otra parte el hueso frontal de tipo no adulto es más frecuente en los metópicos (76,11 %) que en los no-metópicos (30,4 %) y lo mismo ocurre, aunque en grado menor, considerando los parietales; además, los cráneos que presentan una desarmonía de forma entre los huesos mencionados (es decir aquéllos cuyo frontal es del tipo no-adulto mientras el parietal es del tipo adulto, o vice-versa) aparecen más frecuentemente en los cráneos no-metópicos que en los metópicos. Esta misma relación entre metopismo y caracteres infantiles se manifiesta también tomando en cuenta la cara ósea; en efecto, las formas infantil e intermedia de la porción inferior de la abertura piriforme son más frecuentes en los metópicos, siendo esta diferencia de +7 % con respecto a los no-metópicos. Lo mismo ocurre en lo referente a la forma del contorno de la abertura piriforme.

Del estudio de las relaciones entre metopismo y caracteres métricos del cráneo resultan, entre otras, las siguientes conclusiones. En los cráneos metópicos (con respecto a los no-metópicos) disminuyen la longitud máxima (—2,8 mm.), la anchura máxima (—1 mm.) y la altura basilo-bregmática (—2,5 mm.). La cuerda frontal también disminuye (—4,2 mm.) y, en grado menor, el arco frontal; este hecho repercute en el índice fronto-sagital, cuyos valores indican frentes más *bombées* en los cráneos metópicos. Disminuyen igualmente en los metópicos la altura facial superior y el diámetro bicigomático (—1,8 mm. y —1 mm., respectivamente). Aumentan, por el contrario, el diámetro frontal mínimo y el máximo (respectivamente + 3,37 y + 4,1 mm.). Los índices del cráneo total son distintos en los no-metópicos y los metópicos y sus valores se acercan, en estos últimos, a los de los cráneos infantiles.

Luego de una crítica negativa de las principales teorías sobre las causas de la anomalía estudiada, el autor concluye afirmando que, dada la mayor frecuencia con que el metopismo se acompaña con caracteres infantiles del cráneo neural y facial, debe considerarse como un fenómeno de infantilismo "es decir como una persistencia . . . de condiciones propias de la edad infantil". Sus causas deberían buscarse en factores hereditarios que se manifiestan por medio del juego combinado de hormonas y agentes locales.

Muy a menudo en trabajos del tipo del que tratamos, la abundancia de los hechos traídos al tapete llega a ahogar el pensamiento del autor; desfilan entonces ante los ojos del lector series interminables de datos estadísticos mal ligados entre sí y a veces de escasa significación. Esto no ocurre en el caso de Marcozzi; su investigación se desarrolla a lo largo de un hilo lógico bien ponderado y nos parece alcance satisfactoriamente su objetivo. Particularmente interesante y, a nuestro parecer, definitivo, es lo referente a las relaciones entre el metopismo, la forma del cráneo y la de los huesos frontal y parietal; es una brillante aplicación de los criterios demostrativos de una seria y clásica antropología, cuyos procedimientos se ven a menudo olvidados en ciertos trabajos recientes, animados por excesivo espíritu de novedad.

El único punto débil del trabajo es la tendencia que el autor manifiesta, en uno que otro caso, de formular conclusiones generales y definitivas sobre la base de resultados de escasa entidad; por ejemplo nos parece injustificado afirmar que en los cráneos metópicos hay una tendencia hacia el aumento del índice fronto-transversal, puesto que la diferencia es solamente de + 0,67 unidades en toda la serie estudiada; el grupo sardo, como también el de los femeninos centro-meridionales, manifiesta la tendencia contraria.

Aparte de este inconveniente el trabajo de Marcozzi, por las cualidades que hemos puesto en relieve, merece un lugar de primer plano entre las publicaciones referentes al metopismo.

MARCELO BÓRMIDA

Algo más sobre el metopismo.

A propósito de la reseña publicada en el primer número de RUNA (pp. 276-277) sobre el trabajo del Doctor Juan Comas: *Contribution à l'étude du métopisme*, reseña que fué firmada por el autor de la que antecede, nos escribe el Doctor Comas para indicarnos que en el texto de la línea 19 de pág. 277: "y el mayor desarrollo de la porción posterior del cráneo" se ha incurrido en un error involuntario, porque su trabajo habla de la porción anterior.

A la amable invitación del Doctor Comas respondemos de inmediato con la rectificación de dicho *lapsus*, y, al mismo tiempo, lo complacemos indicando que: a) En la línea 8 de pág. 277 en lugar de "medidas de la porción anterior del cráneo" debe leerse "todos los diámetros transversos de la porción anterior"; b) En la línea 12 de la misma debe leerse: "la variabilidad de los porcentajes nos impide deducir conclusiones generales con referencia a los huesos ptéricos"; c) En la correlación del metopismo y el índice cefálico horizontal (línea 9, pág. 177) la conclusión 10 del Doctor Comas es menos afirmativa.

Los lectores de RUNA verán en lo sucesivo que el asunto del metopismo, que ha sugerido tan numerosas publicaciones sin que todavía se haya llegado a conclusiones definitivas con respecto a las causas que lo producen, forma uno de los objetos de estudio que seguirán atrayendo nuestra atención, ya sea por medio del método directo, esto es con la observación de nuestros materiales, ya con la valoración crítica de la literatura.

N. d. D.

MONGE, Carlos. - *Acclimatization in the Andes, historical confirmations of "climatic aggression" in the development of Andean man; 'The Hopkins press' editor; Baltimore, 1948; 130 págs.*

Desde ya largo tiempo el doctor Carlos Monge, de la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima (Perú), se encuentra consagrado al estudio de la vida humana en las grandes alturas (de 2.000 a 5.000 metros sobre el nivel del mar), y su nombre es conocido ampliamente por los interesantes libros y monografías que dedicara a este asunto, que reputa muy significativo no sólo para la ciencia pura, sino también para el buen gobierno de su país, cuya

población está situada en gran parte en valles y altiplanos de gran elevación. Entre sus principales obras sobresalen la monografía de Lima, 1928, sobre la "enfermedad de los Andes", la de Madrid, 1935, sobre la política sanitaria del período Incaico y del colonial, y las de Buenos Aires, 1937, y Lima, 1940, alrededor de la influencia biológica del Altiplano sobre el individuo, la raza y las sociedades de América. En 1942, en colaboración con P. Mori-Chavez y M. San Martín, publica dos trabajos dedicados a indagar los efectos de la altura en la reproducción en general y la azoospermia de carneros recién trasladados a la altura. De allí a afrontar el punto de vista histórico y documental, el paso era expedito, y he aquí que en el libro que comentamos el autor reúne los textos del P. J. Acosta, de Estete, F. Santillán, Balboa, H. Pizarro, Ondegardo, los hermanos Ulloa, Garcilaso de la Vega, Antonio de la Calancha, Padre B. Cobo, Poma de Ayala, etc., cuyas observaciones coinciden con las ideas sustentadas en las memorias del doctor Monge y sus discípulos.

Las citas documentales de los Cronistas de Indias y del Perú en particular se encuentran agrupadas en los cinco capítulos de la obra, cuyos títulos rezan 1º *Pruebas de la 'agresión climática'*, 2º *Fecundidad y aclimatación*, 3º *Aclimatación individual*, 4º *Aclimatación racial* y 5º *La altitud y las operaciones militares*. Este último capítulo trata incidentalmente de las campañas de Alejandro de Macedonia hasta el alto valle de Kabul, de los Ingleses en la India y de los Japoneses en Burma y Siam, mientras está casi por entero dedicado a la estrategia de San Martín en su empresa de liberar a la América austral de los Españoles. Uno de sus temas esenciales está indicado en el subtítulo "*El secreto biológico de San Martín*"; se basa en un razonamiento que encuentra su paralelo en la observación de Mitre sobre los combates del Alto Perú (*Historia de San Martín*, pág. 283) y consiste en averiguar que las suertes de las armas argentinas fueron muy distintas en el Altiplano (Sipe-Sipe, Ayohuma y Huaqui, arriba de 3.000 m.) y en terrenos de moderada altura (Salta 1.185 m., Tucumán 477 m. y Jujuy 1.236 m.), lo que, intuído por el Gran Capitán, habría sido la explicación de todo su plan de marcha y acción, y luego de su renunciamento.

Indico y recomiendo el estudio crítico de este punto a los esclarecidos geógrafos y estrategos que se consagran a los problemas sanmartinianos, y me concreto a unas pocas palabras más sobre el contenido del libro del doctor Monge, del punto de vista antropológico.

Mucho ha de agradecerle la ciencia en lo que atañe a la determinación exacta de los efectos de la vida en alta montaña, ya sea como impacto patológico individual, ya como debilitamiento del poder de perpetuar la comunidad (en Potosí —4.000 m.— el primer niño vital que naciese de familias españolas no se tuvo antes de 53 años después de fundada la ciudad, y fué atribuído a un milagro de San Nicolás de Tolentino). Cuando el hombre de la llanura llega a grandes altitudes, afronta en sus funciones vitales un cambio profundo, antes de conseguir el reajuste fisiológico —dice el autor— que lo vuelva apto para la vida de alta montaña. Esta 'adaptación' al nuevo equilibrio funcional se cumple durante un período de 'agresión climática', cuyo mecanismo patogénico la escuela médica peruana acaba de analizar en dos momentos: 1º agudo o *soroche* y 2º subagudo, este último más perceptible por el clínico que por el mismo paciente. Cuando la adaptación ha obtenido sus efectos, se puede hablar

de 'aclimatación'. Es natural que el proceso intermedio fuese tenido en cuenta por el estadista del Cuzco, especialmente en la elección de los *mitimay-kuna* y la fijación de su destino, en la llanura o la sierra, porque representaba una enorme pérdida de trabajo y potencial humano. Los pueblos que viven en las alturas han adquirido una 'aclimatación' que puede llamarse colectiva, y que el autor llama racial. He aquí uno de los puntos en que mayormente es de recomendar cautela y exactitud nomenclatoria, porque al equiparar la noción de 'aclimatación' con la de 'raza' podríamos cometer confusión y abusos, mientras por otra parte se haría impelente traer las pruebas positivas de eventuales diferencias morfológicas esenciales entre el indígena de la costa y el serrano. En cuanto a la idea de que los Uru del Desaguadero fueran originarios de la cuenca amazónica, y llegasen por último al ambiente del Altiplano, lo que explicaría su inferioridad, por medio del concepto de inadaptación, debo felicitar al autor la forma algo dubitativa (*if this assertion should be substantiated...*) con que acoge las ideas de Means y Ogilvie, pues la etnografía moderna explica su 'torpeza' en función de la cultura inferior que representan, como pueblo residual sobrevivido parcialmente y en forma precaria al asiento de poblaciones mejor dotadas en lo del patrimonio. En cuanto a su carácter de reliquia racial, véase mi trabajo del *Congreso Internacional de Lima 1939*, tomo I, págs. 3-19. El lector encontrará en este mismo tomo de RUNA un amplio y moderno estudio del prof. Palavecino, el cual no confirma la afinidad con los Pukina, que fué el pretexto de la atribución de los Uru a las razas y culturas de la Amazonia.

J. IMBELLONI

MOSTNY, Grete en colaboración con **C. MONTT**. - *Ciudades atacameñas*; en "Boletín del Museo Nacional de Historia Natural", XXIV, Santiago de Chile, 1949; pp. 125-212.

La Dra. Grete Mostny, jefe de la Sección Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural del vecino país, ha realizado en los últimos años varios viajes de investigación a las regiones del norte de Chile, que fueran campo predilecto de los estudios de su predecesor, el distinguido arqueólogo Don Ricardo Latcham. En la publicación que acaba de aparecer se exponen parte de los resultados obtenidos en dos excursiones efectuadas, en 1945 y 1948, a las ruinas de la zona atacameña, en las cuales fuera acompañada por el arquitecto Carlos Montt V., quien tuvo a su cargo las mediciones de las ruinas y la ejecución de los planos respectivos. El trabajo está dedicado, casi exclusivamente, a la descripción de lo que resta de las viejas poblaciones indígenas. La parte más extensa es la referente al pucará de San Pedro de Atacama y luego se ocupa de las ruinas de Catarpe, Turi, Zapar, Peine y otras que sólo pudieron ser visitadas rápidamente.

Las ruinas del pucará de San Pedro de Atacama se encuentran en posición dominante en la sumidad de una colina de 60 metros de altura sobre el valle del río Atacama, en una zona situada a 2.500 metros sobre el nivel del mar. El cerrito es inaccesible salvo por la parte oriental, donde los indígenas levan-

taron sus obras defensivas, entre ellas una larga muralla de un metro de ancho que corona un barranco de casi diez metros. El muro presenta varias troneras para facilitar la vigilancia y una estrecha puerta de acceso. Luego, aprovechando los desniveles, se han hecho diversas construcciones cuyas paredes sirven de muros de contención a las terrazas que se encuentran en niveles superiores. Cada recinto es un reducto que tiene un rol en la defensa general, y llegar a dominar los últimos edificios situados en la parte superior del pucará debió ser empresa muy difícil. El centro del sistema del pucará es un torreón de 12,2 metros de largo por 4,5 metros de ancho, con una entrada de sólo 50 cm.; Latcham suponía que esta era la residencia del jefe. La Dra. Mostny describe gran parte de los recintos del pucará, haciendo resaltar sus principales características.

El material empleado fué una piedra toba de color rojo oscuro, que ha sido utilizada sin cantear, salvo en las partes de pared en que se han dejado los huecos para las puertas. En las fundaciones aparecen grandes bloques y la piedra chica está unida por una especie de argamasa de barro. El ancho de las paredes varía entre un metro (en las murallas de defensa) y 30 cm. (en las viviendas pequeñas); algunas paredes conservan aún una altura de más de tres metros. Las plantas de las construcciones varían de acuerdo al terreno, debido al cual suelen ser un tanto irregulares, aunque hubo tendencia a hacerlas rectangulares, semi-circulares y hasta redondas. Las viviendas suelen ser de una sola habitación, pero en ciertos casos tienen dos y casi todas presentan construcciones accesorias, como pequeños silos para guardar provisiones. Del techo sólo se han conservado parte de los palos. Completan, eficientemente, la descripción arquitectónica: dos planos del pucará, uno general y otro de perfiles; varios croquis; fotografías y dos tablas como apéndices.

Durante los trabajos de relevamiento fueron observados muchos sepulcros, pero todos habían sido saqueados, y pudo, igualmente, comprobarse la costumbre del uso secundario de los silos para inhumar los cadáveres. Fragmentos de alfarería, de los vasos que constituyeron el ajuar fúnebre de los sepulcros, se encontraban diseminados por todas partes; se trata, en su mayoría, de alfarería roja, faltando la negra pulida que aparece en otros yacimientos de Atacama. En un trozo de cerámica es visible una decoración típicamente incaica. En Catarpe, sobre el mismo río Atacama, en una pequeña meseta, existe un grupo de recintos rectangulares y con paredes que parecen hechas de arcilla, por la gran proporción de barro que se ha empleado en los muros para asegurar las piedras. Esta técnica sería intermedia entre la atacameña y la de los tiempos posteriores, que usó el adobe, y según la Dra. Mostny estas ruinas corresponderían a un tambo incaico.

Después de describir, brevemente, las poblaciones de Turi y Cupo, la autora se ocupa del 'Camino del Inca' que puede apreciarse en distintos puntos de la zona y especialmente en los alrededores de Turi. En esa región tiene 4,50 metros de ancho y se presenta despejado de piedras, las cuales han sido colocadas en hilera a lo largo del camino, que no tiene pavimento. A través de observaciones personales y de datos recogidos, va mencionando los lugares que atraviesa la ruta pre-hispánica. Otra importante ruina indígena es la de Zapar, cerca del actual Toconao, donde se encuentran cuarenta y cinco recintos formando un pueblo, y algunos más aislados. Como en San Pedro, hay viviendas y silos, así como una tortuosa calle que corre entre las construcciones; pero faltan comple-

tamente las murallas de defensa. Puede ser clasificado Zapar entre los "Pueblos Viejos", habitados por gentes dedicadas a la agricultura y cuyos campos de cultivo estaban en la quebrada próxima. Los fragmentos de alfarería hallados prueban su origen atacameño, y que estuvo habitado en tiempos de los Incas.

Resumiendo el resultado de sus trabajos, la Dra. Mostny hace notar que en la zona entre el río Loa y el salar de Atacama, que fué el centro del territorio atacameño, se distinguen tres tipos de pueblos: 1) el 'pucará', representado por las ruinas de San Pedro de Atacama, Turi, Lasana, Chiu-Chiu y quizá Cupo; 2) el 'pueblo viejo', categoría a la que pertenecen Zapar y Peine, y 3) el 'tambo' al que corresponde Catarpe. La técnica de la construcción y las características generales de forma, dimensiones, distribución, aberturas, techados, etc., son similares en todos los pueblos atacameños; la autora considera que la región tiene muchas similitudes con la de la quebrada de Humahuaca, siendo el único rasgo diferencial importante la falta de argamasa en los muros humahuacueños. Desde el punto de vista cronológico sólo puede afirmar que las ruinas estaban habitadas en época incaica y algunas, como lo prueban para Peine los restos de una iglesia, alcanzaron a sobrevivir hasta los primeros tiempos de la conquista española. Es indudable que sus constructores fueron los Atacameños, en tiempos en que ya eran un pueblo agricultor; pero la época en que se levantaron estos pueblos es más difícil de establecer y sólo se podría saber si se hallaran sepulturas intactas en estos yacimientos. El abundante material ilustrativo de la publicación es sumamente útil para apreciar los rasgos típicos de las construcciones atacameñas y merecen los autores un elogio por su cuidadosa documentación, siendo de lamentar que la reproducción de varias fotografías sea tan deficiente que les hace perder buena parte de su valor.

Tanto en la Introducción como al dar fin a su trabajo, la autora expresa que considera necesario establecer la vinculación, a través de los cronistas, entre las ciudades cuyas ruinas describe y los indígenas históricos, así como encarar con mayor amplitud varios problemas, y promete una segunda parte de su monografía que será publicada en el próximo número del Boletín.

Esperamos que el trabajo personal realizado en el terreno y la circunstancia de tener a su disposición las valiosas colecciones existentes en su Museo, permitirán a la Dra. Mostny efectuar un estudio completo, no sólo de los aspectos arquitectónicos de las ruinas, sino también de los problemas de fondo que aún presenta la cultura atacameña.

EDUARDO CASANOVA

MOYANO, María Clarisa. - *Carlos Moyano, el explorador de la Patagonia*; Buenos Aires, 1948.

Un puñado de hombres, patriotas, valientes, intrépidos, amantes del saber y de lo desconocido, incorporaron al ámbito geográfico nacional, en el último tercio del siglo pasado, extensas regiones de la Patagonia que hasta entonces no habían sido holladas por el blanco. Sus nombres: Moreno, Moyano, Lista, Fontana. Mucho hicieron en bien de la patria y de la ciencia y mucho sufrieron esos "territorianos". El curso de los años apagó el eco aventurero de sus hazañas,

pero no ha logrado ni logrará disminuir de un ápice el valor de sus descubrimientos. Así lo piensa María Clarisa Moyano, que rememora a su padre mediante la presentación de informes, anécdotas, relatos de excursiones y biográficos, etc., en dos libros; el primero vió la luz en 1931; el segundo —del que nos ocupamos— en 1948.

Esta segunda obra es, en verdad, una biografía de Carlos María Moyano, salpicada de anécdotas que reflejan el espíritu culto del gran explorador, su rectitud, su bondad y sus virtudes, con el registro de menciones honoríficas y premios que atestiguan el mérito de su actividad y con la transcripción de párrafos de sus informes y la reproducción de algunos de los mapas confeccionados por el explorador. Conocemos, así, sus antecedentes familiares, su prematura orfandad, sus primeras letras y travesuras, su espíritu inquieto, activo. Lo vemos ingresar —siguiendo su vocación— a la marina nacional, donde asciende velozmente en el escalafón de grados, para finalizar con el de Capitán de Fragata. Al respecto, no podemos dejar de anotar que fué un “marino de tierra” a partir del cuarto año de su incorporación.

María Clarisa Moyano intercala cronológicamente en esta narración biográfica las expediciones de su padre: 1ª, viaje a los lagos del sur remontando el río Santa Cruz, realizado junto con el perito Moreno; 2ª, reconocimiento del río Chico, con Lista; 3ª, al lago San Martín, por el Chalia; 4ª, a las colonias galenses del Chubut, por el río Chico, el Senguer y el Chubut; 5ª, de Santa Cruz a Deseado; 6ª, reconocimiento del sur del territorio de Santa Cruz, del río Gallegos y del Coyle; 7ª y última, expedición a los Andes, para efectuar estudios relacionados con la cuestión de límites con Chile.

Dichas expediciones, además del renombre científico, le valieron ascensos en su carrera, la representación argentina en el Congreso Internacional de Geografía de Venecia y la designación de Gobernador de la flamante Gobernación de Santa Cruz. Finalmente, la autora del libro nos presenta diversos acontecimientos biográficos de Moyano, incluso el período de su enfermedad, que lo llevó a la tumba en 1910.

La iconografía de nuestro personaje, los homenajes a su memoria —último de los cuales es la estatua que se levanta desde el 25 de mayo de 1947 en el puerto de Santa Cruz— dan término a este trabajo, el cual no sólo permite captar a la perfección los valores de ese hombre singular, sino brinda elementos utilísimos —históricos y geográficos— para comprender con exactitud los resultados de la más interesante época de exploraciones científicas en las regiones de la Argentina austral.

ANTONIO DI BENEDETTO

POISSON, George. - *L'Atlantide devant la science, étude de préhistoire*, “Bibliothèque Scientifique”, Payot editor, París, 1945; un volumen de 254 págs.

El autor de este libro dedicado a la leyenda de Atlantis se da perfecta cuenta de que, en razón del número superabundante de obras escritas sobre este tema, todo nuevo libro tiene el deber de justificar de alguna manera su aparición,

esto es, establecer en cuáles elementos analíticos y críticos está fundado, y presentar además un cierto grado de originalidad. Ya en la primera página declara que su propósito es someter la leyenda a un examen científico, rehuendo todo lo imaginativo y fantástico. Y como los geólogos y los biólogos —afirma— ya han dicho su palabra, y también los etnólogos (especialmente los americanistas) el autor de este libro se propone afrontar los problemas de Atlantis del punto de vista de la Prehistoria. “Para remontarse a la época de la Atlántida —así dice, textualmente— no hay más que una sola ciencia histórica que pueda servirnos: es la Prehistoria, la cual es ciertamente una ciencia histórica, a pesar de anteceder a la historia escrita.

Puramente informativos y generales son los capítulos de la primera y segunda parte. En la primera se transcriben los conocidos pasajes de los diálogos platonianos. La segunda toca los estudios oceanográficos, la formación del océano Atlántico y su estructura, las relaciones de Atlantis con la física terrestre, la fauna, la flora, el mar de Zargazos y la reproducción de las anguilas.

Es la tercera parte el verdadero centro de gravedad de este libro. Como lo declara su intitulación: *La Atlántida en la Prehistoria*, debiéramos encontrar en sus páginas la demostración original del autor, es decir, la materialización de su promesa, ya que la finalidad con que ha escrito el libro es la de sustentar la veridicidad del relato del continente desaparecido, mediante el apoyo de pruebas prehistóricas, según lo ha afirmado en el introito y lo repite en la pág. 83. Y ahí justamente comienza a perfilarse la decepción del lector, al encontrar que los capítulos de esta tercera parte (55 págs. 83-137) están consagrados por entero a una minuciosa disertación paleontológica y arqueológica sobre los caracteres del esqueleto —particularmente del cráneo— y las manufacturas del Cro-Magnon y del Combe-Capelle, es decir, de los dos grupos humanos que dejaron sus restos en los sedimentos paleolíticos recientes, en cuya diferenciación y oposición recíproca el autor hace hincapié con insistencia, ya en el terreno de la morfología, ya de la industria, y además en el origen respectivo y la dispersión territorial. Esta diferenciación tan neta es una de las ideas que Poisson ha cultivado en sus anteriores y apreciables escritos de paleontología y raciología: una visión agudamente dualista, en pocas palabras, polarizada por una parte en *Homo atlanticus* (el Cro-Magnon) y por la otra en *Homo aethiopicus* (el Combe-Capelle). Todo esto es muy respetable y digno de interés en tema de paleontología, pero, con respecto al tema declarado en el título: la Atlántida, resulta absolutamente ajeno, a menos de comprobarse de un modo objetivo que los habitantes del continente imaginario descritos en el *Critias* fueron de raza Cro-Magnon. Tal demostración brilla en este libro por su ausencia —como era inevitable— y se le substituye un cierto número de páginas ocupadas por citas y datos sueltos, con el aire de asentar correlaciones, más bien en dirección a las costumbres y la cultura, que en el orden morfológico concreto; de ahí la escasa consistencia de la última sección del volumen. El autor —en substancia— utiliza el dualismo arriba mencionado para presentar a los hombres de Cro-Magnon como los verdaderos Atlantes de la leyenda. Raza localizada en los países ribereños del Atlántico y en lucha encarnizada contra los hombres de Combe-Capelle, serían los antagonistas de estos últimos, que en el relato platoniano figuran disfrazados de Atenenses, nombre seguramente anacrónico.

De un modo general puede afirmarse —como acabamos de ver— que la trama e ideación de la obra son defectuosas; mas refiriéndonos analíticamente a sus datos, demostraciones y razonamientos, se descubren gruesos errores *de facto* y en el *modus operandi*. Para citar algunos, mencionaremos que la valuación cronológica de los hechos prehistóricos ha sido violentada, con la preocupación de ponerla de acuerdo con los 9.600 años referidos por Platón. El autor pone en 9.600 una civilización egipcia análoga a las de Deir Tasa y Merimde (p. 152) mientras en realidad las culturas de El Tasa y Merimde no son más antiguas que el V milenio. Alrededor de 9.600 reinó en Egipto el paleolítico tardío, sin huella de trabajo neolitiforme. Igualmente podríamos citar la elasticidad cronológica con que trata al Würm y al post-glaciar consecutivo, ya que el lapso 11.500-6.500 a. C. atribuido a este último (pp. 85, 141) está ocupado por el Würm tercero y su transición al post-glaciar. Sobre todo, la preocupación de fundarse en la fecha de los diálogos platonianos en tan delicado asunto de cronología geológica, muestra de todo punto de vista una conducta irreflexiva. Con respecto a la interpretación de las construcciones megalíticas, que serían —afirma el autor— el sustituto de las cavernas naturales anteriormente aprovechadas en el culto (p. 173) no tiene en cuenta que los megalitos no son lugares de culto, sino tumbas. Tampoco queda en pie su afirmación de que los megalitos nacieran en la península ibérica, ya que el centro más antiguo fué Siria. Cuando el autor afirma que la afinidad de los Vascos con los pueblos del Cáucaso reposa sobre *une similitude de noms assez contestable*, ciertamente fortuita (p. 115) juzga con ligereza, porque actualmente nadie duda de su parentela lingüística, sólidamente comprobada. En cuanto a objetar este resultado glotológico positivo con el mero propósito de afirmar —sin demostración especial— la pertenencia de los Vascos al conjunto Cro-Magnon en el terreno racial (p. 116) se trata naturalmente de un disparate lógico.

En el breve capítulo donde se intenta demostrar el parentesco de los Americanos con los Cro-Magnon (dos páginas para una cuestión tan delicada) el autor reúne una lista (pp. 117-118) de objetos y costumbres que debieran ratificar la conexión entre la cultura del Paleolítico superior europeo y la de los Piel-rojas: tienda cónica de pieles, ornamentos de plumas, collares de conchas y dientes de animales selváticos, vestimentas de piel y cuero, pintura corporal, posición encogida del cadáver, matriarcado y *couvade*. Todo conocedor de los elementos de la etnología se da cuenta de que esta lista está formada con rasgos que aparecen igualmente en el Asia oriental y en parte tienen una dispersión de amplitud ecuménica dentro del 'ámbito' de determinados tipos culturales. Es evidente que el autor, que sabe moverse con desenvoltura en cuestiones de paletnología europea, demuestra ser lego en el raciocinio etnológico. Lo que resulta incomprensible, aun para nuestros alumnos de Antropología americana, es que este estimado escritor francés habla de los Indios como si fuera una unidad racial y cultural, y la resume en el Piel-roja de las praderas del norte.

Para no dilatar más esta reseña, mencionaré por último que el testimonio de la licantropía —esto es, que la creencia en el *lobisón* (así suena entre nosotros) aparezca en Norte América y en la Europa occidental— es del todo inconsistente, porque su difusión cubre gran parte de la Europa oriental y del Asia oriental, donde aparece como "zorromanía"; así lo ha demostrado Freda Kretschmer: *Hundesstammvater und Kerberos*; Stuttgart, 1938, t. II, p. 245.

A guisa de moraleja, diremos que el nuevo ejemplo viene a confirmar una vez más que cuando un escritor aborda este tema multifacetado y terrífico, confiando en la única armadura de una rigurosa especialización, la hoguera de Atlántida lo consume invariablemente, aun si se trata de hombres de buena fe y dignos de gran estima.

J. IMBELLONI

SCHACHER VON INWIL, Joseph. - *Das Hexenwesen im Kanton Luzern nach den Prozessen von Luzern und Sursee, 1400-1675.* (Tesis presentada a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo, Suiza, para optar al grado de Doctor). Edit. Räber y Cía., Lucerna, 1947. Un fascículo de 112 págs.

El autor de esta tesis formula conclusiones interesantes con referencia al concepto de 'bruja'. Tal como se lo aplicara en los llamados "procesos de brujería", ha emanado de un concepto general y de las fuentes más diversas. La magia es la resultante de una serie de largos procesos mentales, los cuales existieron, aun cuando en forma separada, tanto en los pueblos orientales como en los europeos.

Establece el autor una sistematización de los motivos de hechicería entre las supersticiones alemanas, en la siguiente forma: 1º pacto y trato con el diablo; 2º herejía; 3º hechizo dañino; 4º vuelo a través de los aires y transformación en animales. Los dos primeros elementos han sido atribuidos esencialmente, en cuanto a su origen, a la teología medieval, y los otros dos a las creencias populares de los pueblos. Sostiene que para explicar el origen y desarrollo de las supersticiones en tierras alemanas, ha de buscarse su razón última en la mitología y las creencias populares de los Germanos. De su definición de 'bruja', que toma de Hansen, se desprende que "se la consideraba un fantasma nocturno, femenino, que mataba a los niños y se comía a los hombres, es decir un demonio, al cual ciertamente la fantasía popular interpretaba no sólo como tal, sino también con forma humana". El 'ser deforme' con carácter demoníaco, es originario igualmente del paganismo germano. Pero, como en este paganismo germano faltan el pacto con el diablo y la reunión de brujas, ha de buscarse el origen de estos conceptos en otras fuentes. Atribuirlos simplemente a la teología medieval, es —según el autor— un poco aventurado. No deben descuidarse, sin embargo, los fundamentos de las sectas heréticas, tales como la de los Maniqueos, Cataros, Albigenses y Valdenses, con su principio de la preponderancia del mal. Descansa este carácter sobre las antiguas enseñanzas de lo 'demoníaco', la cual trajo el establecimiento de un concepto nuevo, el *Ketzersabbat* (sábado o día fijo de reunión herética), que luego se convirtiera en el sábado de las brujas. Sorprende que el autor no haya tenido en cuenta el Sabbath judío como antecedente de fiesta, reunión y ceremonias en general.

Analizando los distintos procesos habidos en el cantón de Lucerna, el autor establece como fecha inicial, con rastros de un proceso de brujería, el año de 1398. En ese año, una mujer presenta una queja contra otra, acompañada de tres acusaciones: la de haberla perjudicado en 400 florines, haber embrujado a

su propio esposo y además convertido a ella misma en meretriz. En 1400 nuevamente se presentan dos mujeres ante el juez, declarando la primera contra la otra, que ésta había colocado junto a su puerta instrumentos de hechicería. En 1402 una mujer acusa a otra de haberla llamado ladrona, y de haber pedido a un caminante que le enseñara a hechizar. En 1406 Anna Koller fué acusada por la administración de una poción de amor. En el año 1419 por primera vez se encuentra en los Anales Municipales de Lucerna la palabra 'brujería' (*hexerye*), para significar con ello el hechizo dañino. Si puede darse crédito a una noticia, ya en el año 1423 habría sido quemada una mujer en Sursee, por bruja. De estos ejemplos resulta —según el autor— la evidencia de que la represión de la hechicería era en 1400 un hecho jurídico establecido en Lucerna, como en todas partes. Sostiene, sin embargo, que se trata en todo caso siempre de procesos individuales, contra los llamados 'crímenes de hechicería' en el concepto antiguo, es decir, sin conexión con la reunión de los sábados, sin vuelo de brujas y sin pacto con el diablo; vale decir, sin encarnar el real concepto de 'brujería'. La afirmación de que los procesos del siglo XV en Lucerna eran de los llamados por magia, ha podido ser robustecida por condiciones similares encontradas en los cantones de la Suiza alemana. En la región francesa de Suiza, el concepto de 'brujería' tuvo un desarrollo más temprano. Los procesos fueron conocidos allí hasta fines del siglo XV bajo el nombre de procesos de herejía y sólo después de comienzos del siglo XVI bajo el de 'brujería'. Hay que señalar empero que la Inquisición, bajo cuya responsabilidad tuvieron lugar esos procesos, consideraba a las 'brujas' en primer lugar como herejes, y esos procesos se substancianaban ante todo como procesos heréticos. La acusación señalaba la existencia del Sabbath, es decir de la *Synagoga Satanae*, la afamada reunión de brujas, con ceremonias mágicas.

En el año 1400, bajo el juez Peter von Greyerz, tuvo lugar en la ciudad de Berna la primera persecución inquisitoria en masa contra una supuesta nueva secta de brujas. En Wallis, Suiza alemana, comenzó en 1428 la primera persecución sistemática de brujas por el poder laico. En el lapso de año y medio, fueron quemadas cerca de 200 personas, pertenecientes a las llamadas sectas de Val d'Anniviers y Val d'Herens. Sobre estos procesos se ha encontrado un manuscrito del cronista Johann Fründ (1400-69) de Lucerna. Surge de él que hombres y mujeres se habían apartado hace varios años de la Iglesia, rechazando a Dios y a los Santos, y aceptando el tutelaje de Lucifer, el cual les aparecía en distintas formas animales. Este les daba una pomada para untar las sillas, con las cuales volaban de pueblo en pueblo para beber el vino ajeno. Además, con esa pomada podían transformarse en lobos, comerse los animales domésticos y hacerse invisibles. Tenían muchas pomadas y bebidas para enfermar a las gentes y a los animales. Relata el cronista una de esas reuniones del Sabbath y expresa que magos y brujas reuníanse de noche y el diablo aparecía entre ellos predicando contra la religión, contra la confesión y contra la concurrencia a la Iglesia. En esas reuniones solían comerse a los propios hijos que previamente habían asado o hervido; niños de otros eran matados por contacto mágico o se les desenterraba de los cementerios para comerlos igualmente. Esto lo habían admitido muchos al ser martirizados por la Inquisición; hubo también muchos que no confesaron nada y prefirieron sucumbir antes que confesar.

Haciendo estadística, entre los años 1419-1550, tuvieron lugar en Lucerna 72 procesos por brujería, de los cuales 22 terminaron con condenas a muerte, lo cual significa haber obtenido la confesión de esas personas. La época del mayor florecimiento de estos procesos fué entre los años de 1579 a 1660, con unos 442 procesos, de los cuales 202 terminaron con condenas de muerte. Hacia fines del año 1675 estos procesos estaban completamente extinguidos. Resumiendo, entre los años 1419 y 1675 tuvieron lugar alrededor de 600 procesos por brujería, de los cuales unos 300 significaron condenas a muerte.

El autor llega a la conclusión que la mayoría de las veces se les da a estos procesos una interpretación un tanto errónea, creyendo ver en ellos matanzas en masa, impulsadas por una intolerancia religiosa excesiva. Sobre un total de 600 procesos, menos de la mitad terminaron con fallos de muerte. Ésta no era siempre en la hoguera, porque generalmente se condenaba a los inculpados a la asfixia por inmersión, o se los decapitaba.

El trabajo del Dr. J. Schacher von Inwil, además de presentar elementos históricos en su generalidad desconocidos, sobre un punto sumamente interesante de la historia jurídica del medioevo tardío de la Europa Central, constituye un serio aporte para el hierógrafo y el etnógrafo.

CARLOS GUILLERMO MAIER

WERBROUK, Marcelle. - *Le Temple d'Hatshepsout a Deir el Bahari; Fondation Egyptologique Reine Elisabeth. Bruxelles, 1949; 140 págs., in 8º, 10 figs., 48 láms.*

La Fondation Egyptologique Reine Elisabeth, de Bruselas, es hoy el centro más importante de estudios egiptológicos en Europa y tal vez en el mundo entero. Su revista semestral (la *Chronique d'Égypte*) no sólo publica artículos y reseñas, sino sigue toda la actividad internacional en el campo de la egiptología y proporciona a los interesados bibliografías completas, noticias biográficas, informes sobre excavaciones, etc. Además, la Fundación funciona como editor de obras egiptológicas especiales. Una de las más lindas de esas publicaciones —cosa delicada para el especialista no menos que para el aficionado y el lego— es el nuevo libro de Marcelle Werbrouk sobre el Templo de Deir el Bahari, en la orilla izquierda del Nilo, cerca de Luxor, parte de la gran ciudad funeraria de la XVIII dinastía. En la introducción, la alumna del gran egiptólogo Jean Capart nos ofrece los imprescindibles datos sobre la historia de la reina Hatshepsut y sus parientes más cercanos, sobre el lado posterior de su templo sepulcral y sobre la resurrección del magnífico edificio de entre la arena y los escombros. La parte principal del libro consiste en la descripción del templo, uno de los más impresionantes monumentos de Egipto, construido por el arquitecto Senmut hacia el año 1490 a. J. C. La construcción se integra con tres cortes, ordenados en forma de terrazas que suben una tras la otra y bordeados de columnatas y santuarios. Reconstruido hoy en su totalidad, el edificio ofrece una vista incomparable, realzada por el hecho que la construcción fué efectuada en completa armonía con el paisaje que ofrecen las

grandiosas montañas del ambiente. La porción del templo que, más allá del punto de vista meramente artístico, posee mayor interés, es el pórtico de Punt con las famosas representaciones de la expedición a la región del África tropical de donde los Egipcios obtenían sus inciensos. Ellas, y las inscripciones que las acompañan, pueden pasar por el más antiguo libro etnográfico que conocemos. Seis láminas del libro están consagradas a la reproducción de esas escenas interesantísimas que sugieren siempre nuevas teorías.

La presentación de la obra es de primera categoría: las 48 láminas son perfectas, el texto es inteligible para cualquier persona a pesar de su forma absolutamente científica. Se trata, pues, de una publicación ejemplar en su género.

OSVALDO MENGHÍN

IBARRA GRASSO, Dick Edgar. - *La escritura indígena andina*; en "Annali Lateranensi", Vol. XII, págs. 9-124. Città del Vaticano, Tipografía Poliglotta Vaticana, 1948.

Hasta hace poco tiempo no se conocía la existencia de ninguna verdadera escritura indígena sudamericana, pero hace unos diez años el autor de este trabajo ha descubierto, en la zona andina boliviana, que miles de indígenas actuales leen y escriben los rezos católicos (en forma casi exclusiva) mediante signos figurados y en parte lineales, que configuran una especie de escritura hieroglífica.

Datos sobre esta escritura se habían publicado antes, desde la mitad del siglo pasado, pero no se le dió importancia, y se desconocía que continuara en uso. Igualmente se desconocían las variadas formas que presenta, particularmente la de escribir en arcilla, en la cual los signos hieroglíficos son modelados y pegados sobre un disco o tabla, también de arcilla, en donde quedan en posición erecta, forma que no se conoce para ninguna otra escritura del mundo. Otros materiales en donde se escribe con estos signos son el cuero, el papel y la piedra. Los signos son totalmente diferentes de los que aparecen en los dibujos rupestres, y, en cambio, se asemejan a los de la escritura de los indios Cuna descubierta en 1925 por Nordenskiöld, y a las pictografías de los Pielos Rojas; los signos son sencillos y naturalistas, algo estilizados en general, y las palabras son representadas mediante tres formas: por representación ideográfica simple, por simbolismo y por aproximación fonética, semejante al conocido *Pater noster* de la escritura Azteca post-colombina.

El autor ha publicado varios artículos sobre este tema, luego de su descubrimiento realizado en 1940, y en el presente trabajo hallamos la reunión de ellos, junto con nuevos datos complementarios. El temario de los capítulos nos ilustra suficientemente sobre el contenido del trabajo: Introducción; I, Descubrimiento del uso actual de la escritura; II, Las características de la escritura; III, Los datos de los antiguos cronistas; IV, El descubrimiento de von Tschudi; V, Los datos de autores diversos y más recientes; VI, La traducción de Franz Tamayo; VII, Las publicaciones de Posnansky de 1910 y 1912; VIII, La traducción detallada de algunos textos indígenas; IX, Consideraciones sobre el origen de la escritura; X, Bibliografía.

Vemos, por estos mismos capítulos, que los datos anteriores son bastante abundantes y que ellos se remontan incluso a los cronistas de la Conquista y de poco después. Falta, sin embargo, pruebas directas y completas de la existencia precolombina de esta escritura, pues ningún texto ha aparecido en yacimientos arqueológicos, ni los cronistas nos dan pruebas suficientes para creer en su existencia precolombina; sin embargo, Montesinos nos da un indicio al hablar de la existencia de una escritura preincaica, que se llamaría *quillca*: este mismo nombre es utilizado hoy por los indígenas para designar la presente escritura hieroglífica.

Ibarra Grasso opina que los datos más firmes para sostener la existencia precolombina de esta escritura provienen de sus mismas características: *boustrophedon* de varias formas, punto final constituido por dos rayas, etc., que se encuentran igualmente en las pictografías de los Pieles Rojas, la escritura Cuna, etc., y que nos ponen ante la evidencia de un antiguo y primitivo sistema de escribir que se ha difundido en épocas forzosamente precolombinas.

El hecho que los textos que hoy se escriben en esta escritura sean casi exclusivamente rezos católicos, no sirve para otra cosa que para indicarnos cuál es la especialización funcional que le es característica en la cultura actual de los que la emplean, en Bolivia. Es sabido que, por ejemplo, la escritura Cuna está especializada en la escritura de recetas mágicas. En las de los Dakota y Pima vemos que el interés se ha volcado en escribir relatos históricos y cronológicos, con total prescindencia de otros temas. Igualmente hay que considerar la presencia de símbolos católicos, cruces, etc., que, lo mismo que en la escritura Azteca post-colombina, son abundantes: todos ellos son de introducción reciente en la escritura, y a los mismos se oponen otros antiguos en forma clara, como ser la representación de la tierra repartida tetrácticamente, y lo mismo la representación de las poblaciones.

Este trabajo del prof. Ibarra Grasso, denso de informaciones concretas y de ilustraciones, particularmente atingentes a los textos de esta curiosa escritura figurada, es en realidad el primer intento serio en el estudio de las posibilidades de un sistema de escritura aborigen, problema en torno al cual hay mucho escrito, pero nada que salga de la categoría de lo imaginario y lo retórico. La magnífica revista romana ha absuelto el cometido editorial con dignidad y eficacia notables.

J. IMBELLONI

MALLON, S. J. Alexis, KOEPEL, S. J. Robert, NEUVILLE, René. - *Teleilat Ghassul I, Compte Rendu des Fouilles de l'Institut Biblique Pontifical 1929-1932*; Rome, 1934, volumen en 4º de 194 páginas, 67 figuras y 72 láminas.

KOEPEL, S. J. Robert, SENES, S. J. H., MURPHY, S. J. J. W., MAHAN, S. J. G. S. - *Teleilat Ghassul II, Compte Rendu des Fouilles de l'Institut Biblique Pontifical 1932-1936*; Rome, 1940, volumen en 4º de 140 páginas, 6 figuras y 113 láminas.

El Padre Mallon S. J. tuvo una excelente idea cuando eligió las bajas, apenas perceptibles colinas de Ghassul, en el Noreste del Mar Muerto, como

Ambos volúmenes son editados por "The Palestine Institute of Pacific School of Religion and the American Schools of Oriental Research", Berkeley and New Haven, 1947.

Cuando visité, en el año 1932, al Profesor Bade en su excavación en Tell-En-Nasbeh, no habría nunca pensado que este especialista enérgico y aparentemente muy sano, quien a la vez era uno de los colegas más amables, nos dejaría tan poco tiempo después. Nacido en 1871, murió en 1935, después de terminar la gran excavación y de organizar el Congreso para los estudios del Antiguo Testamento en Göttingen.

La muerte de un investigador, antes de haber publicado los resultados de sus excavaciones, suele ser muy desfavorable para los resultados científicos de su trabajo. En el caso presente las cosas se presentaron de distinto modo. Mrs. Elisabeth Bade, su esposa y colaboradora, y una serie de alumnos que el profesor Bade había reunido a su alrededor durante la excavación, no descansaron hasta que hubieron puesto en recaudo su cosecha científica. Es así que tenemos delante de nosotros dos tomos maravillosos, lujosamente editados, que nos ofrecen todo lo que puede pedirse sobre una excavación. La importancia de Tell-En-Nasbeh está —en contraste con la mayoría de las otras excavaciones realizadas en la Tierra Santa— en los hallazgos del período israelita. Indudablemente se hicieron también algunos hallazgos de objetos del Bronce Antiguo; pero el Bronce Medio y el Bronce Temprano (2100-1200) faltan casi enteramente. Ostensiblemente la localidad estuvo apenas poblada durante ese tiempo y sólo ganó importancia en la temprana Epoca del Hierro (1200-900), que aumentó aún durante el Hierro Medio (900-530). Durante este último período se reforzó extraordinariamente el antiguo muro de la fortificación, de manera que Tell-En-Nasbeh representa la fortificación más poderosa de este tiempo en Palestina. No cabe duda de que esta localidad era una fortificación fronteriza del Estado de Juda contra Israel. Muilenberg, en base al material histórico, investiga cuidadosamente cuál es el lugar correspondiente mencionado en la Biblia. Llega al resultado —el mismo a que llega McCown en base del material arqueológico— que se trata probablemente del tantas veces mencionado Mizpah. Ya Bade suponía esto, y el hecho le incitaba a realizar la excavación.

El rico material arqueológico está tratado principalmente por McCown. Presenta una visión muy buena del desarrollo histórico-cultural de la plaza y discute luego los hallazgos en tumbas y cuevas de la Epoca del Bronce, tumbas de la Epoca del Hierro, las romanas y las bizantinas, los hallazgos sueltos, las fortificaciones, las construcciones edilicias, etc., apoyado por colaboraciones de colegas. De éstos, Wampler trata ante todo la estratificación poco significativa de Tell-En-Nasbah y las cisternas y silos; Bothmer la cerámica y Margaret Harrison los objetos de tocador y los adornos. Una serie de apéndices especiales completa estas explicaciones. Al prehistoriador interesa especialmente, entre los pequeños hallazgos, un puñal de la Epoca del Bronce, las numerosas fíbulas de la Epoca del Hierro y los alfileres de tocador con perforación, como también un tipo de casa de cuatro habitaciones.

El tomo segundo, escrito principalmente por Wampler, ofrece una representación muy detallada de la cerámica de Tell-En-Nasbeh, enriquecida por un

tratado especial acerca de las lámparas helenistas, romanas y bizantinas, por McCown. En un apéndice especial trata Wampler el material de comparación, haciendo de este tomo una obra fundamental para la cerámica de la Epoca del Hierro palestinense.

Los dos tomos agotan prácticamente por completo el material de la excavación. Falta sólo un tratado sobre el material óseo, que está en poder del conocido antropólogo T. D. McCown. Así forma este trabajo una hermosa obra conmemorativa del Prof. Bade, cuya fotografía y breve biografía, por John Wright Buckham, dan lustre al tomo I.

O. F. A. MENGHÍN

